

CH) La Invasión del General Benjamín Herrera.

a) Preparativos

Era el General Benjamín Herrera un soldado valeroso en grado extremo. No había hecho estudios militares académicos^(2 3), pero siguió la tradición paterna desde adolescente, incorporándose a la Guardia Colombiana, en la que llegó a ser Oficial de Guerra. Participó en la campaña de 1876, contra la rebelión conservadora de ese año. Intervino en las luchas de Santander, Boyacá y la Costa, durante la guerra de 1884-1885, pues había adherido al bando radical del liberalismo. En todas esas acciones (en la de 1895 no tuvo parte debido a que fue hecho prisionero), se había destacado por sus innatas y grandes condiciones de estrategia, las cuales le permitieron en 1899 dirigir numerosísimos combates, durante los primeros meses de la sangrienta **Guerra de los Mil Días**, con éxito castrense que no tuvo parangón (la toma de Cúcuta, por ejemplo). Dice el General Lucas Caballero que en **Palonegro**, en quince jornadas seguidas de extraordinarios combates, tanto de día como de noche, parecía que las balas hubieran adoptado el propósito consciente de respetar la vida del General Herrera, quien ordenaba las cargas cuerpo a cuerpo, colocándose a la cabeza de sus soldados. Siempre mantuvo una fuerte disciplina entre las tropas a su mando; aconsejaba y convencía; y sobre todo, inspiraba con palabras y hechos a todos los que luchaban a su lado.

Pero Benjamín Herrera tuvo un gran defecto. Era violento, en lo personal; excesivamente irascible, aunque pocas veces dejó un resentimiento marcado en los oficiales y soldados a quienes comandó. Fue verdad que tras la ocupación de Tumaco, se presentó Herrera a esa ciudad, con el **Almirante Padilla**, a principios de diciembre de 1901, y se dirigió a las oficinas del Estado Mayor, en donde se encontraban numerosos oficiales de todo rango, entre ellos, el General Rafael Díaz Morkum. Este era famoso por su bravura y **único en las cargas a machete**. Así peleó en Enciso, en 1895; y en las tomas de Barbacoas, El Morro y Tumaco, batallas recientes, encabezó decisivos asaltos en los que sólo se utilizaba el arma blanca. Aquel día de diciembre, en Tumaco, numerosos oficiales saludaron de pie al General Herrera, al visitar las oficinas del Estado Mayor, pero Díaz Morkum permaneció sentado, con un sombrero puesto en la cabeza, y Herrera se lo quitó de un manotón, diciéndole: "No sea usted insolente, está a presencia de sus jefes". Minutos después, el General Herrera explicó al doctor

Lucas Caballero, Secretario General de la Dirección Suprema de la Guerra: "A ese gallito, a quien le hice inclinar la cresta, Ud. no lo conoce; yo debía imponerlo de que conmigo, o me obedece o me mata"⁽²⁴⁾. Al lado de su valentía personal, el General Díaz Morkum era muy chistoso y ocurrente. Cuando se acercaba después a las puertas del Estado Mayor, preguntaba: "Está Mano Tigre?". Si la respuesta era afirmativa, se alejaba tranquilamente del lugar.

Fue en Corinto, Nicaragua, en donde el General Lucas Caballero entregó al General Benjamín Herrera la designación que Gabriel Vargas Santos le había confiado, como Director de la Guerra en el Cauca y Panamá, desde cuando los dos primeros se encontraban en Curazao, tras las derrotas del primer año de la **Guerra**. Caballero y Herrera viajaron juntos al Ecuador, para tomar parte en la organización de la campaña del Cauca y la costa sur, como ya lo sabemos. Ambos regresaron a El Salvador, con el fin de adquirir la nave **Iris**, que fue armada y bautizada como **Almirante Padilla**, y en la cual volvieron a Tumaco, plaza que había sido tomada por los liberales, en octubre de 1901.

"Los días siguientes a nuestra llegada —escribe el doctor Lucas Caballero—, fueron empleados por Herrera en preparar la expedición a Panamá, con la ilusión de prestar un concurso oportuno y decisivo en la campaña que allá desarrollaban Díaz y Porras. El día en que zarparon los buques....llegó el correo de Esmeraldas con la noticia del destrozamiento de las fuerzas liberales panameñas y de que una parte de ellas, bajo el mando de Porras, estaba defendida por fortalezas naturales en el interior del Departamento"⁽²⁵⁾.

Ha sido tema de debate la razón determinante de la expedición de Benjamín Herrera sobre Panamá. Acabamos de ver que Lucas Caballero, testigo inmediato de la misma, en su condición de Secretario General de la Guerra y compañero de Herrera, explica que hubo "la ilusión de prestar un concurso oportuno y decisivo a la campaña que desarrollaban Díaz y Porras". Sin embargo, no hay información de que entre las acciones de Domingo Díaz (septiembre-noviembre de 1901) y la guerrilla de Victoriano Lorenzo, a la que Porras estaba incorporado, por una parte, y las gestiones bélicas de Benjamín Herrera en la costa sur colombiana, a fines de 1901, por la otra, se hubiera dado alguna fuerte relación que llevara al apoyo de este último. No debe olvidarse que ni siquiera hubo acuerdo entre Lorenzo y Porras, con el General Domingo Díaz, aún estando las dos fracciones libera-

les en suelo panameño. Es sabido, no obstante, que al fracasar en noviembre de 1901 la expedición del General Domingo Díaz, Porras escribió al General Herrera, en solicitud de armas, como después se verá.

También se ha dicho, sin convincente base documental, que la invasión de Herrera a Panamá formaba parte de un vasto y ambicioso plan, concebido por el General Eloy Alfaro, gobernante del Ecuador, secundado por los Presidentes de Venezuela (Castro), Nicaragua (Zelaya) y El Salvador (Regalado), de ese entonces, quienes ayudaban a la revolución liberal colombiana, para establecer una especie de nueva Gran Colombia, incorporando ahora a la América Central. El Presidente Alfaro hablaba con vehemencia de tal posibilidad, pero no parece cierto que se hubiera fraguado tal plan, y menos que Benjamín Herrera vino al Istmo panameño, para realizar tal propósito.

Otros historiadores, como Eduardo Lemaitre, consideran que "los fines de la campaña liberal de 1902 en el Istmo, no pudieron ser sino principalmente políticos en el orden internacional, encaminados a perturbar las negociaciones sobre el Canal, las cuales, mal que bien, venía adelantando en Washington el gobierno del señor Marroquín; y eventualmente, si se lograba capturar las ciudades terminales de la zona canalera sin intervención yanqui, forzar al régimen dominante a capitular ante la posibilidad de que el Presidente Teodoro Roosevelt... negociara con quienes poseyeran de hecho y materialmente la codiciada cintura ístmica"⁽²⁶⁾.

No creemos que legítimamente se puede ir tan lejos. Benjamín Herrera, antes y durante su expedición, tuvo clara conciencia de las posibilidades amenazantes de las intervenciones norteamericanas en Panamá, y siempre procuró evitarlas, por lo cual no iba a figurar en su estrategia el precipitar esa intromisión extranjera. Tampoco se propuso "perturbar las negociaciones sobre el Canal", por medio de la ocupación armada de la zona de tránsito y las ciudades terminales ferrocarrileras, y mucho menos estar en ventajosa posición política para que el Partido Liberal pudiera negociar la paz con el Gobierno conservador, y el tratado canalero, con Roosevelt, cuando éste ya había adelantado mucho las negociaciones con Bogotá. Semejantes eventualidades, por su propia naturaleza, no podían caber en los designios bélicos del gran estratega militar del liberalismo en armas.

Se trataba, para nosotros, de la última carta estratégica de la re-

volución liberal, diezmada y sin muchas esperanzas, a fines de 1901.

Las acciones de la costa sur, un tanto exitosas, no influían en el curso final de la guerra. Pero la derrota conservadora en el Istmo ofrecía una importante base de resurrección para la contienda armada, que podía proyectarse entonces, con perspectivas de triunfo, hacia el resto de Colombia. Sin embargo, es casi seguro que esta expedición de Herrera, como tantas otras acciones de **Los Mil Días**, no formara parte de una estrategia nacional del liberalismo armado, ya que ni al principio ni en ningún momento de esa larga y costosa guerra civil se coordinó un plan bélico general.

Con extremo apasionamiento político, el General Víctor M. Salazar atribuye la expedición de Herrera a motivaciones subalternas y la critica del modo siguiente:

“Y era inexplicable que, en esos días, cuando en el Congreso de los Estados Unidos se discutían con ardor los problemas relativos a la construcción del Canal de Panamá, y cuando más necesitábamos de tranquilidad y de paz en aquella sección del país para no poner en peligro nuestra soberanía, tan seriamente amenazada, esclarecidos ciudadanos como los generales Benjamín Herrera, Lucas Caballero y otros no menos prestigiosos, se empeñaran en llevar la guerra al Istmo, relegando a segundo plano los grandes intereses de la patria. En los campos de Palonegro, de Cúcuta, de Panamá, y en las jornadas de Bolívar y el Magdalena, las armas de la revolución habían sido totalmente aniquiladas. Después de tantos y tan colosales desastres podía quedarles a los caudillos liberales alguna esperanza de victorias?” “La guerra en el Istmo —concluye Salazar— en esas condiciones, era un delirio, cuyas fatales consecuencias están pagando y pagarán las presentes y futuras generaciones de Colombia⁽²⁷⁾.”

No puede olvidarse que Salazar sería la autoridad conservadora que en Panamá dirigiría los esfuerzos de guerra contra Benjamín Herrera y sus huestes veteranas. Esta crítica formulada **ex-post facto**, en sus **Memorias** (1943), carece de toda razón.

Todo indica que como los liberales acababan de triunfar en Baracoas y Tumaco, a principios del último tercio de 1901, el Director asignado en el Cauca y Panamá (Herrera) quedaba libre para apoyar la guerra en el Istmo, y utilizando las naves **Padilla, Cauca y Panamá**, a las cuales remolcaron varios veleros, con soldados y armamen-

tos, Herrera se lanzaba a la nueva invasión, encabezando a 1.100 hombres; un Ejército considerable, a más de fogueado, para la ocasión. Semanas antes, y coincidiendo con la derrota de la expedición del General Domingo Díaz, a fines de noviembre de 1901, el Dr. Belisario Porras le había escrito a Benjamín Herrera, en solicitud de armas que necesitaba la guerrilla de Lorenzo, y le expresaba que si el mismo Herrera podía venir al interior de Panamá, era preferible que lo hiciera⁽²⁸⁾

La tercera y última expedición liberal al Istmo fue una decisión que impusieron las circunstancias transitoriamente favorables del sur y el conocimiento de que Díaz y Porras (para nosotros también Victoriano Lorenzo) habían retomado la lucha en Panamá. El General Herrera y sus fuerzas llegaron a las costas de Tonosí, en la Península de Azuero, región central de Panamá, el 24 de diciembre de 1901, en la tarde.

Una pléyade de oficiales acompañaba al General Herrera y al Dr. Caballero, Secretario General de la Dirección Suprema de la Guerra. Muchos de ellos se habían distinguido como hombres valerosos en numerosas acciones de guerra y probarían otra vez su coraje en las campañas del Istmo. Venían en el **Padilla**, en el **Cauca**, en el **Panamá** y demás veleros, los Generales Paulo Emilio Bustamante, Justo L. Durán, Sergio Pérez, Francisco Serrano, Paulo E. Morales, Simón Chaux, J.M. Vesga y Avila, Rafael Santos V., Rafael Díaz Morkum, Emilio López, Ramón Buendía, Julio Plaza, Juan Jacobo Restrepo, Víctor M. Ogliaisti; los Coroneles Eduardo Ortiz, Plácido Serrano, Clímaco Rodríguez, Simón Arboleda, Mariano Sandoval y Roberto Uribe. También el Dr. José A. Llorente, quien era Secretario General de la Dirección. Algunos de ellos habían luchado en el **Puente de Calidonia**, como Simón Chaux y Paulo Emilio Morales.

b) Desembarco y primeras medidas

En la sección anterior de esta **Tercera Parte**, hemos descrito las acciones guerrilleras de Victoriano Lorenzo, a partir de octubre de 1900 y a lo largo de 1901, a las cuales se unió el doctor Belisario Porras, desde fines de agosto de este último año. Esa sección la terminamos con el aviso que le llegó a Victoriano Lorenzo, de parte del General Benjamín Herrera, de su desembarco en Tonosí y sobre la invitación que le hacía, para entrevistarse con él. Pero a fin de seguir el hilo cronológico de los hechos, volvamos al desembarco en Tonosí.

Como dijimos, el 24 de diciembre de 1901 se efectuó tal desembarco, en Búcaro, puerto de Tonosí, en función de medida estratégica, a fin de evitar que el inicio de la campaña fuera cerca de Panamá, en donde se presumía una mayor fuerza del enemigo, y al mismo tiempo para estar en capacidad de comunicarse, tan pronto fuese posible, con Porras y Victoriano.

En Búcaro, el General Herrera decidió que el General Paulo Emilio Bustamante, con 150 hombres, ocupara inmediatamente el pueblo de Tonosí. El objeto principal de esa avanzada era el de informarse de "la situación militar del Departamento, porque **sobre ella llegábamos a obscuras**"⁽²⁹⁾. La Guarnición de treinta y cinco conservadores, en Tonosí, ignorantes de la fuerza del enemigo que se les presentaba, se negó a rendirse y no pudieron hacerle frente al nutrido tiroteo de la fuerza comandada por Bustamante. Varios conservadores resultaron inútilmente muertos, y otros heridos, cuando ya amanecía el 25 de diciembre⁽³⁰⁾.

Los informes recogidos de un oficial conservador prisionero indicaban que desde Aguadulce, ciudad sitiada durante unas pocas semanas por las guerrillas de Lorenzo, un fuerte destacamento al mando del General Francisco de P. Castro mantenía alejadas a las fuerzas guerrilleras de Victoriano y Porras, y que el plan conservador era el de atacar **La Negrita**.

En realidad, el Gobierno había tenido temprano conocimiento de la expedición de Herrera, y el 6 de diciembre envió al General Francisco de Paula Castro, desde la capital de Panamá, con 500 hombres, hacia las costas de las provincias de Coclé y Los Santos, a fin de impedir el desembarco. Poco después a Castro se le unió el General Ortiz, con 200 hombres. Informado el primero en Aguadulce del desembarco en Tonosí, se dirigió a Las Tablas el 9 de enero, mas también le llegó la noticia de que Herrera se había reembarcado con todo su ejército, para alcanzar un sitio más cercano a la capital del Departamento.

El General Herrera dispuso dirigirse en el **Padilla** a Antón, acompañado de 300 hombres, para intentar un apoyo efectivo a **La Negrita**, y que el resto del Ejército quedara en la ensenada de Tonosí, listo para emprender la acción que se le ordenara. Al pasar por el puerto de Los Santos, Herrera quiso dar a entender al enemigo que la nave iba repleta de soldados, como indicio de que por allí entraría el

grueso del Ejército, y comisionó al Dr. Lucas Caballero para que desembarcara con 100 hombres, y que remitiera numerosos mensajeros por todos lados, con las proclamas que traía preparadas y con el fin de que alguno de ellos pudiera llegar hasta el cuartel de Victoriano Lorenzo y el Dr. Porras, indicándoles que se mantuvieran firmes en caso de ataque. Reembarcados, siguieron todos para Antón (por el puerto de Pescaderías, al que otros llamaban la Albina de Antón, y que actualmente se denomina Farallón), sitio escogido por Herrera para base inicial de sus operaciones. Mientras el grupo cavaba trincheras en Antón y se prevenía de cualquier ataque del General Castro, Herrera volvió a Tonosí en el **Padilla**.

Fue entonces cuando, desde Pescaderías, se envió un mensaje a **La Negrita**, portador de carta del General Benjamín Herrera, invitando al General Victoriano Lorenzo para que se entrevistara con él en Búcaro, Tonosí. Decidida la entrevista con Herrera, la entusiasmada guerrilla optó por bajar, en buena cantidad, a Pescaderías, inclusive el doctor Porras, el General Lorenzo, miembros de su Estado Mayor y no pocos soldados, a fin de viajar al encuentro de Herrera. Al amanecer del día siguiente avistaron en Búcaro al **Padilla**; lo abordaron y Herrera propuso a Lorenzo que hablara con él en su camarote, lo que hicieron por varias horas, dejando al Dr. Porras y al Estado Mayor guerrillero al margen de esta entrevista secreta⁽³¹⁾. Esa noche, todos durmieron en el **Padilla**. Bien temprano en la mañana siguiente, el **Padilla**, el **Cauca** y el **Panamá**, remolcando cuatro veleros en que se apretujaban muchos soldados, se hicieron a la mar, hacia Pescaderías. En Punta Mala, vientos huracanados y fuerte oleaje amenazaban con hacer naufragar los veleros, y dándose cuenta del peligro, el Dr. Porras ordenó que cortaran las sogas que ataban a los pequeños barcos, para que pudieran maniobrar frente al enorme oleaje.

Cumplida la orden y a consecuencia del bullicio que se había dado, sobre todo por parte de los soldados que peligraban, salió de su camarote el General Herrera, y preguntó quién había ordenado cortar los amarres. El doctor Porras le respondió que lo había hecho para salvar a los soldados y los veleros. Herrera, en uno de sus acostumbrados arranques de ira y groserías, le disputó a Porras su derecho a dar órdenes; éste adujo su título de Jefe Civil y Militar del Istmo, que incluso le había confirmado anteriormente el General Gabriel Vargas Santos, Director Supremo de la Guerra, lo que enfureció más a Herrera, quien se desató en sucios improperios contra Po-

rras⁽³²⁾. Sin embargo, al día siguiente, cuando desembarcaron en Pescaderías, Porras y Herrera se dieron un trato cortés. Todas las naves y soldados habían llegado ilesos. Así tuvo comienzo una grave enemistad entre ambos Jefes liberales, que no cesaría a todo lo largo de la campaña del último año de la **Guerra**. Con todo, se había iniciado, pues, la tercera y última invasión liberal al Istmo, la del General Benjamín Herrera, secundado por el Ejército guerrillero de Lorenzo y de Porras.

El plan inicial de Herrera, quien ya estaba en posición de datos suficientes sobre la disposición y circunstancias de las fuerzas enemigas en Panamá, consistió en ocupar el pueblo de Antón, con todas las tropas liberales, a fin de cortar las conexiones de las fuerzas del Gobierno (entre Panamá y Aguadulce hasta Chiriquí), extender su dominio desde Antón y Chame hasta la línea del Ferrocarril, en las goteras de la ciudad de Panamá y prevenir cualquier ataque marítimo con el **Padilla** y el **Cauca**, listos para la contingencia que pudiera presentarse.

El grueso del Ejército, que había salido de Búcaro, cuando el incidente ya relatado entre Porras y Herrera, se unió con los 300 hombres que el propio Herrera había dejado en Pescaderías (el puerto de Antón). Comenzaba a cumplirse el plan de Herrera, mas unos días antes, dicho General expidió una **Alocución** a toda Colombia, fechándola el 1o. de enero de 1902, "a bordo del **Almirante Padilla**, surto en la ensenada de Tonosí", en la cual explicaba la nueva fase de la **Guerra**, en párrafos bastantes parecidos a la **Proclama** que el mismo Herrera hubo de publicar a su llegada a Tumaco, el 3 de diciembre de 1901, concluyendo en esta última con la conocida frase: "Vamos a respirar aires de libertad, y en todo caso, aires de gloria".

En Pescaderías y en Antón, a principios de enero de 1902, se echaron los verdaderos cimientos del **Ejército Unido del Cauca y Panamá**. A los experimentados lugartenientes que traía Benjamín Herrera se unieron los Jefes y oficiales de la guerrilla coclesana, como los Generales Pablo E. Obregón, Manuel Quintero V., Antonio Papi Aizpuru, Jesús María Luño, Faustino S. Mina, el Coronel Juan E. Goytía, los doctores Eusebio A. Morales y Carlos A. Mendoza, y sobre todo el doctor Belisario Porras y el General Victoriano Lorenzo. Días después fueron llegando los generales Heliodoro Vernaza, Juan N. Saavedra, Manuel Antonio Noriega y Federico Barrera; los coroneles Benjamín Quintero V., Luis García Fábrega, Milcíades Rodríguez, Jorge

Tadeo Lozano, Rosendo Herrera y el Doctor Francisco Filós, en su gran mayoría panameños. Con los médicos liberales doctores Ezequiel Abadía, Alejandro Pérez R., Eduardo Uribe Restrepo, Joaquín Pablo Franco y un grupo auxiliar, se integró el Cuerpo Médico del Ejército⁽³³⁾.

Según lo acordado con Herrera, Victoriano y Porras organizaron sus fuerzas, en la playa de Pescaderías, en cinco batallones (**Gaitán, Cundinamarca, Vargas Santos, Coclé y Los Santos**), conjunto que fue denominado la **División Panamá** y puesto bajo el mando del General Victoriano Lorenzo, con el doctor Porras como Consejero. Las tropas que trajo Herrera constituyeron la **División Cauca**, formada por batallones como el **Cauca, el Libertador**, etc., bajo el mando directo de Herrera, quien a su vez era el Jefe General de las dos Divisiones que integraron el **Ejército Unido del Cauca y Panamá**.

No obstante, este gran Ejército pronto se penetró también de aquel divisionismo de **centranos y panameños** que había inficionado en 1900 al Ejército Restaurador de Porras y Emiliano Herrera. El nuevo Ejército **unido** tenía los dos grandes sectores mencionados. "Se generalizó, desde el comienzo de la campaña —nos dice el Coronel Mateo F. Araúz— que un cisma o rivalidad se había creado, por cuanto que los colombianos de allende el Atrato, se expresaban en forma despectiva de los Istmeños y no desperdiciaban la ocasión de inferirles agravios y desaires, juzgándose, sin duda, superiores, más valerosos, etc., ya se tratara de oficiales con la tropa, o de jefes y oficiales con éstos de menor graduación".⁽³⁴⁾

Concentradas las fuerzas liberales en Antón, Herrera hizo énfasis en obtener toda la información posible, respecto a las tropas gobiernistas, y emisarios sigilosos pudieron traerla desde Natá, Aguadulce, Penonomé y hasta de la ciudad de Panamá. El Jefe liberal llegó a considerar conveniente realizar él mismo inspecciones en varios lugares, para conocer mejor el terreno en donde se desarrollarían las actividades guerreras, al punto de que con varios miembros de su Estado Mayor y prácticos suministrados por el General Lorenzo, viajó por tierra hasta San Carlos, Chame y Bejuco.

Entre otras providencias, el General Herrera estimó necesario enviar a la provincia de Chiriquí al Coronel Manuel Quintero V., con varios oficiales y armamento, para que con cierta clandestinidad organizara un cuerpo de soldados y ocupara la ciudad de David, cosa

que podría evitar a las fuerzas de Herrera un ataque por retaguardia. El arrojo militar de Quintero; su prestigio en Chiriquí en donde había nacido y su experiencia en la primera invasión, cuando acompañó al Dr. Porras, podían garantizar el éxito de tal misión.

c) Batalla Naval de Taboga

Desde cuando los liberales capitularon en Colón, a fines de noviembre de 1901, el General Albán, y el General de la Rosa habían tratado de llevar a efecto un canje de prisioneros, que no pudo cumplirse. En Antón, el mando liberal tuvo conocimiento de que el Jefe de Operaciones del Gobierno lo era el General Carlos Albán, amigo personal del doctor Lucas Caballero, y dicha circunstancia propiciaba la perspectiva del canje, a base de una carta de Herrera y una misiva amistosa de parte de Caballero. Así se hizo el 27 de diciembre de 1901. El parlamentario liberal portador de esta correspondencia, trajo una respuesta favorable del General Albán, quien a su vez, anunciaba enviar una comisión en el crucero norteamericano **Philadelphia**, para que se acercara al campamento liberal y recibiera la comisión de la contraparte. Ambas comisiones firmaron el documento de canje. Y el 17 de enero de 1902 arribaron al campamento liberal los prisioneros de esta filiación que venían a causa de ese entendimiento. A la vez eran portadores de una carta del General Albán para Lucas Caballero, remitida de un proyecto de Constitución, bosquejado por el mismo Albán y que éste consideraba como "base para un tratado satisfactorio de paz".⁽³⁵⁾

Pero los ex-prisioneros liberales que vinieron de Panamá también traían informaciones sobre el campo enemigo, y entre ellas, la de que el General Albán había requisado el vapor chileno **Lautaro**; que había iniciado su artillamiento y que con la **Boyacá** y el **Chucuito** se aprestaba al combate. El General Herrera poseía las grandes dotes de estrategia militar a que anteriormente nos hemos referido, y tomó la atrevida decisión de sorprender al **Lautaro**, nave transportadora de tropas chilenas, que se encontraba cerca de la Isla de Taboga, en la Bahía de Panamá, junto a otras naves de guerra conservadoras, algunos buques mercantes y varios acorazados y cruceros norteamericanos que bien podrían intervenir, ya amistosamente, ya en acción bélica. La arriesgada operación fue bien planeada, tomando en cuenta esas mismas circunstancias; incluso el **Padilla** fue rápidamente pintado de otro color; y a las nueve de la noche del día 19 de enero zarparon el **Almirante Padilla** y el cañonero **Panamá**, coman-

dados por el General José A. Ramírez y por el Coronel Roberto Payán H., quienes "aparte de ser hombres de gran valentía, eran veteranos en labores de mar".⁽³⁶⁾

Con los albores del día 20 de enero, las dos naves liberales llegaban cerca de Taboga, y los jefes de la expedición pudieron advertir que el **Lautaro** se encontraba entre el crucero norteamericano **Philadelphia** y un buque mercante chileno, por lo cual decidieron aproximarse lo más posible al objetivo. A una milla de distancia, el **Padilla** lanzó un primer y certero cañonazo, que dio en el **Lautaro**. Inmediatamente vino la respuesta de éste con cañonazos y nutrida fusilería, a lo que se agregaron disparos de las baterías conservadoras de **Las Bóvedas**, en la costa de la ciudad de Panamá, y del vapor **Chucuito**, que se había colocado detrás del **Philadelphia**, utilizándolo de protección. Al iniciarse la refriega naval, el General Carlos Albán, que estaba en el **Lautaro** desde la tarde anterior, organizando el viaje contra el **Padilla**, quedó destrozado por una granada y, exánime, fue llevado a uno de los camarotes.⁽³⁷⁾ Pronto se declaró un enorme incendio en el **Lautaro**, que comenzó a hundirse irremediablemente, como un gran catafalco, llevándose al fondo del Océano Pacífico el cadáver del inteligente, decidido y valeroso Albán, a las nueve y media de la mañana.

Expuestos al fuego enemigo que continuaba, y cumplida la misión de hundimiento del **Lautaro**, el **Padilla** y el **Panamá** viraron hacia mar abierto, rumbo a Pescaderías, mientras botes chilenos y norteamericanos ayudaban al salvamento de tropas conservadoras. Tres muertos y 27 heridos llevaban los atacantes; entre los últimos, pero no de gravedad, el Coronel Payán. Siete muertos e igual número de heridos se dieron en la Guarnición llevada por Albán. El campamento de Pescaderías y el Ejército de Antón recibieron con gran entusiasmo la noticia de la batalla, lamentando también **oficialmente** la desaparición del enérgico General Albán.

Gran desconcierto produjeron entre las fuerzas conservadoras de la ciudad de Panamá el hundimiento del **Lautaro** y la desaparición de Albán. Muchos oficiales y soldados del campo liberal solicitaban que se marchara sobre la ciudad, para ganar la ventaja de su ocupación. Pero el General Herrera temía las amenazas hechas por el Gobierno norteamericano, para ocupar el ferrocarril y las ciudades terminales, y sólo ello le impidió aprovechar la fácil oportunidad que

se le presentaba.⁽³⁸⁾ “Si hacemos lo que nos impone el instinto, le causamos a la patria un mal irreparable: a cualquier desliz nuestro, esto será americano”, explicó Herrera.⁽³⁹⁾

ch) El primer combate de Aguadulce.

Cuando el General Benjamín Herrera concentró en Pescaderías y en las inmediaciones de Antón las fuerzas liberales que vinieron con él y las guerrillas que dirigía Victoriano Lorenzo, al lado del Dr. Belisario Porras, formando el poderoso **Ejército Unido del Cauca y Panamá**, el General Carlos Albán comenzó a reforzar las posiciones conservadoras de Aguadulce, lugar estratégico en el interior del Departamento, que ofrecía la oportunidad de mantener una retaguardia amenazante para los movimientos liberales.

Y si al triunfo naval de Taboga, no pudo Herrera avanzar hacia la ocupación de la ciudad de Panamá, por tierra, era claro para él que a su frente el Gobierno se aferraba a este último lugar y

Civil y Militar del Departamento, le proponía iniciar intercambios de opinión que pudieran llevar a un entendimiento honorable, como había sido la idea de Albán.⁽⁴⁰⁾ A la vez, escribió con fecha 3 de febrero, desde Chame, una carta personal a su amigo conservador, el General Ramón G. Amaya, en ese entonces de servicio en Panamá, para que intercediera ante Arjona con el fin expresado. Este último, Arjona, ni siquiera se dignó contestar, pues los conservadores gozaban de la protección norteamericana, considerándose a salvo con ella, y el General Amaya respondió el 7 de febrero con deferencia particular, más expresando que, como "soldado oscuro, sólo tengo una misión que llenar, y a ella atenderé. Hombres de ciencia e ilustración decidirán lo conveniente sobre asuntos de alta política."⁽⁴¹⁾ El esfuerzo epistolar de Herrera constituía casi una propuesta para negociar la paz.

Otra gestión de ablandamiento psicológico fue la de carta que, pocos días antes, el 25 de enero, Herrera le remitió al General Francisco de Paula Castro, jefe de las fuerzas conservadoras de Aguadulce, intimándole a rendir la plaza y evitar derramamiento de sangre humana. Mas Castro, que en enero ya había iniciado fuertes preparativos de resistencia, le respondió: " Puesto que usted tiene artillería y elementos suficientes, debe tener la esperanza de vencerme y yo la de que me ataque". El Gobierno y Castro siguieron, durante los primeros veinte días de febrero, el reforzamiento general de la plaza de Aguadulce, y su estrategia fue equivocada pues también temía el Gobierno un ataque a la ciudad de Panamá, como en julio de 1900, y se había dedicado, simultáneamente a los preparativos de Aguadulce, al atrincheramiento de la capital, en donde acumularon ocultamente gran cantidad de dinamita en la Iglesia de San Miguel, para hacerla explotar cuando hubiera en ella o en sus cercanías una gran concentración de atacantes liberales. Pero el supuesto ataque nunca ocurrió. El General Víctor M. Salazar, que en aquellos días acababa de hacerse cargo de la Jefatura del Istmo, dió su aprobación a estos planes de defensa, que luego resultaron inútiles.

El General Benjamín Herrera también organizaba todos los pormenores de la próxima acción, pero como no había tenido noticia alguna de la suerte que pudiera haber corrido el Coronel Manuel

Quintero V., en la encomendada misión de formar un cuerpo de voluntarios, en su mayoría, y ocupar la ciudad de David, Herrera ordenó al Coronel Ramón Buendía, que con otro grupo adicional de oficiales y armamento, siguiera a Chiriquí, a fin de auxiliar a Quintero, insistiendo en la formación de un cuerpo de seiscientos hombres en armas. De la población de Natá hizo el Ejército liberal el centro de sus fuerzas, como pivote final para el ataque a la guarnición de Aguadulce, mientras se enviaba un contingente a La Chorrera, como indicio de que se pensaba atacar la capital del Departamento. Herrera y su Estado Mayor, del que formaban parte el Dr. Belisario Porras y el General Victoriano Lorenzo, organizaban febrilmente las huestes liberales; inspeccionaban palmo a palmo el terreno de la inminente lucha y el gran estratega, Jefe del **Ejército Unido del Cauca y Panamá**, trazaba su hábil y meticoloso plan de batalla.

El Ejército conservador estaba desplegado en semicírculo teniendo como avanzada un fuerte emplazamiento en Pocrí, a poca distancia del pueblo de Aguadulce. En un extremo, había contingentes en las estribaciones y en la cima del Cerro del Vigía, posición que se comunicaba con el pueblo mencionado. Y al final, en éste, las trincheras y las fortificaciones hechas por los conservadores, que llegaban más allá de las primeras calles y casas del poblado. Dicho Ejército tenía 1.500 unidades, tropas veteranas que formaban los batallones **Quinto de Cali, Colombia, Sánchez, Ospina Camacho, Farías, Ospina Rodríguez, la Legión Casabianca y el 21 de Palmira**. Herrera y sus oficiales inspeccionaron, lo más cerca posible, el frente enemigo, los días 21 y 22 de febrero, tanto en Natá como en la cercanía de Aguadulce. Allí adoptó el mando liberal sus últimas disposiciones para el ataque: colocarse en la margen derecha del Río Chico, para dominar hasta Capellanías y el cerro Limones, extendiéndose por el lado izquierdo hasta las inmediaciones del Vigía, no lejos del enemigo. Era otro semicírculo y su centro enfrentaba al centro conservador. Según Herrera, había que destrozar la posición conservadora de Pocrí y tomar el Vigía, como primer paso, para concentrarse después hacia el pueblo de Aguadulce. Dispuso que ambos ataques se hicieran de sorpresa y en la madrugada del 23. Sobre Pocrí, atacarían las fuerzas dirigidas por los Generales Julio Plaza y Heliodoro Vernaza (segunda división caucana y batallón panameño **Gaitán**). La ocupación del Vigía fue encomendada al

General Pablo E. Obregón y al Coronel Federico Becerra, apoyados por los Generales Belisario Porras y Victoriano Lorenzo, quienes a su vez eran jefe de la División Panamá este último, y el primero Comandante de la misma (Batallones **Azuero, Libertador y Coclé**). Herrera quedaba a la expectativa, con reservas destinadas a las contingencias del momento. Todo lo había planeado Herrera, con la meticulosidad estratégica inherente en él.

A media noche, las fuerzas correspondientes se movilizaron hacia Pocrí, atacando a las cuatro de la mañana, en forma arrolladora y ocuparon ese sitio. Pero como el ataque al Vigía se demoró hasta la salida del sol (ese grupo tuvo que pasar el estero con marea alta y agua al pecho, más otros retrasos), las fuerzas conservadoras se concentraron hacia Pocrí y lograron recuperarlo en furiosa lucha, desalojando casi en derrota a los liberales. Herrera ordenó arreciar el ataque sobre el Vigía, lo que cumplieron Porras, Obregón y Victoriano Lorenzo, logrando alcanzar la primera cima, y al poco tiempo la eminencia más alta a causa del fuego que recibían los conservadores, los cuales se retiraron a la colina inmediata de Los Gatos, dirigidos por Juvenal Royo. Como el Dr. Porras llevaba de abrigo un saco rojo, varios oficiales le gritaban que se despojara de esa prenda llamativa de la atención del enemigo a la vista, cuando una bala pasó por un costado, traspasándole el saco sin herirlo. Por ello hubo de abandonar su abrigo rojo, quedándose con la casaca usual y su sombrero de fieltro, a más de llevar en mano su paraguas, con el que pretendía cubrirse del fuerte sol veraniego de aquel día de la estación seca del año. Algunos volvieron a gritarle que cerrara el paraguas, pues ofrecía un blanco notorio. Así blandiendo sólo un paraguas, sin arma alguna, sin disparar un tiro, alentaba y dirigía Porras a las tropas liberales, que ya iniciaban otro ataque sobre el cerro Los Gatos.

En tanto que la batalla arreciaba por el sector del Vigía, el General Herrera insistió en atacar el bastión de Pocrí, asumiendo en forma personal la dirección del asalto, secundado por los Generales Vernaza, Díaz Morkum, Plaza, Bustamante, Rafael Santos V. y todos los demás ayudantes de campo, el batallón **Zapadores** y tropas de reserva. La carga liberal fue irresistible y sangrienta. El pueblo de Pocrí fue desalojado de enemigos y todo el centro avanzó hacia la población de Aguadulce, precedido por un cuerpo de caballería a cuyo frente iban el propio Herrera, Bustamante y otros jefes. Tanto

se adelantaron que las balas llovían, no sólo desde el pueblo, sino también de un grupo liberal que a distancia no los identificaba. Bustamante le quitó a su montura una manta roja que llevaba como cobija de silla, y la levantó, erguido, como divisa liberal, con lo que cesó el fuego de los suyos, que entonces corrieron a unírseles, para el asalto final al pueblo.

El combate continuaba en las colinas inmediatas al Vigía. Las fuerzas de Obregón, Lorenzo y Porras ocuparon Los Gatos, y el enemigo se retiró al cerro Algarrobal, del que también fue desalojado, pero disparando en retirada para colocarse en el cerro del Puerto, al que igualmente atacaron las tropas liberales, quedando muerto el General Mauricio Castro, que era el jefe de la defensa conservadora de los cerros mencionados. Por la Quebrada Caballero y el cementerio del pueblo, las fuerzas que al amanecer atacaron inicialmente por el Vigía, entraron por aquel lado, peleando hasta en las mismas calles de Aguadulce. A todo esto, el centro liberal avanzaba contra las trincheras y fortificaciones del pueblo siendo recibido con descargas cerradas, al punto de que los conservadores pudieron resistir el asalto. Aquí entró en acción la artillería liberal, que causaba serios destrozos al enemigo atrincherado. Las fuerzas liberales que estaban en Limones, al mando de los Generales Francisco Serrano y Sergio Pérez, recrudecieron el fuego de la batería que allí habían emplazado, y luego se lanzaron al avance en dirección del pueblo, arrojando al enemigo que estaba a su frente (41 Bis). Ya la defensa conservadora del pueblo no tenía más remedio que el de la rendición que propusieron y que les fue concedida honrosamente, con la mediación de los delegados liberales Julio Plaza y Carlos A. Mendoza. Fue el Dr. Manuel Rojas, médico de la columna conservadora Briceño, quien acordó la capitulación.

Cuando estuvo firmado el documento de rendición, y conocido que al recuperar las fuerzas liberales a Pocrí se encontró que fuerzas conservadoras habían asesinado a tres heridos, pues sus cadáveres estaban con sogas al cuello; que yaciendo en tierra, herido en una pierna, el teniente Coronel J. Santodomingo, un oficial le hizo un disparo en la cabeza, intentando rematarlo; que al Teniente Coronel Roberto Uribe, con dos compañeros heridos, un Capitán conservador de apellido Fernández había tratado de darles muerte, también en

Pocrí; que algunos soldados conservadores habían inutilizado piezas de artillería antes de entregarlas; con todo ello conocido, decimos, en el acto de rendición, el General Herrera ordenó arrestos y sanciones contra los soldados responsables. A ello se opuso de viva voz el Dr. Porras, alegando que las normas de la guerra proscribían la sanción de los enemigos que se rindieran, llegando al extremo de declarar que no permitiría tales sanciones. Aquí se enconaron de nuevo las diferencias personales entre Herrera y Porras. Al día siguiente, 24 de febrero, Porras hizo pública su renuncia como Jefe Civil y Militar del Istmo, acto en el que le acompañó el doctor Carlos A. Mendoza, renunciando a la Secretaría General de esa Jefatura.

Mas la victoria liberal había sido contundente. Sólo se salvaron del desastre unos cuatrocientos hombres, que antes de terminar la batalla abandonaron la población con sus jefes Castro, Ortiz y Caicedo Albán, dirigiéndose unos a Santiago de Veraguas y atravesando otros penosamente la cordillera, vía Bocas del Toro, para llegar a Panamá. Numerosos muertos y heridos conservadores quedaban en el ancho campo del combate. Hubo 700 prisioneros; se tomaron 800 rifles, 300 cajas de municiones, dos cañones, una ametralladora y otros bagajes de guerra. Muchos de los prisioneros, en su mayoría colombianos o "centranos" solicitaron ingresar en las fuerzas liberales, explicando que se les había reclutado todos a la fuerza.

Por el bando liberal, la **División Cauca** tuvo 89 muertos y 150 heridos. Entre los primeros, el Comandante Arango y 17 oficiales, muchos de ellos jóvenes. Heridos quedaron Jorge Gálvez Roberto Uribe, Roberto Castellanos, José Félix Mata, Lucindo Valderrama y tantos otros, jefes y soldados.

En la **División Panamá**, hubo cincuenta bajas entre muertos y heridos. Murió el Teniente Guerrero y heridos quedaron los Coroneles Simón Arboleda y J. Santodomingo, que había escapado de la muerte por milagro. Las fuerzas conservadoras de Castro registraron 49 muertos y 92 heridos. El triunfo liberal había sido costoso en vidas humanas, porque los liberales tuvieron que atacar desde el llano abierto. Para Donaldo Velasco, las bajas liberales llegaron a cerca de cuatrocientas unidades.

Como había dicho el General Benjamín Herrera en su **Proclama** de Tumaco, el 3 de diciembre de 1901, meses antes, "vamos a respirar aires de libertad, y en todo caso, aires de gloria".

El recién posesionado Jefe Civil y Militar del Istmo (desde el 5 de mayo), General Salazar, explica que fue a partir del 9 de marzo cuando llegaron a Colón los primeros fugitivos del combate, que Salazar denominó "El Desastre de Aguadulce", y del cual emitió, muchos años después, la siguiente opinión: "Nos formamos el concepto claro de que el General Castro pudo haber seguido combatiendo, con muchísimas probabilidades de triunfo. Su ejército estaba casi intacto; sus posiciones eran magníficas; contaba con abundantes municiones y elementos de combate; el enemigo había perdido, por lo menos, la cuarta parte de sus efectivos y tenía que avanzar por la llanura, a pecho descubierto, sobre un campo sembrado de cadáveres."⁴²

En realidad, la decisión de lucha de los conservadores no había sido muy clara. A la una de la tarde, al desencadenarse el quinto asalto liberal sobre el poblado los jefes conservadores "no pensaron más que en salvarse y salieron por el camino de Santa María, providencialmente descuidado por el enemigo" (Donaldo Velasco, *La Guerra en el Istmo*, Tomo II, pág. 86). Caicedo Albán encabezó a los fugitivos. Después le siguió Castro. El 12 de marzo llegaron a Bocas del Toro, y el 14 Castro conducía a Panamá 351 hombres, con sus ayudantes Ortiz y Caicedo Albán.

d) El combate de San Pablo

Despedazadas las tropas conservadoras en Aguadulce, preocupaba al General Herrera la ausencia absoluta de noticias sobre los Coroneles Quintero y Buendía. No le parecía improbable una concentración conservadora en Chiriquí, para atacar por su retaguardia a los liberales, pues los jefes y tropas escapados de Aguadulce se habían dirigido a Santiago. Reforzando la vanguardia que llegaba a la línea del Ferrocarril, dispuso que una parte del Ejército viajara por tierra a David, mientras él y otro sector de tropas viajaban por mar, el 12 de marzo de 1902, al puerto de David (Pedregal). Se dejaron guarniciones en las poblaciones principales: La Chorrera, Antón, Penono-

mé, Santiago, Soná y las más numerosas en Aguadulce, donde 1.000 hombres quedaron al mando de los Generales Julio Plaza y Paulo Emilio Obregón.

Quintero había desembarcado por Remedios y los otros pueblos del occidente chiricano, engrosando el cuerpo que debía formar, y llegó hasta las costas de Coto. De aquí marchó por tierra, en dirección de David, cuando le llegó el refuerzo de Buendía. Su plan fue pasar por el Distrito de Bugaba, hasta Alanje, a pocas horas de David. Ya en Divalá, algo más de trescientos rifles se habían distribuido entre los voluntarios que componían el improvisado batallón, y otro grupo formó una sección de macheteros.

Pero el Gobierno, enterado del posible ataque liberal por Chiriquí, dispuso reforzar la guarnición de David, y al efecto designó al Coronel Efraín Duque, para que dirigiera la defensa de aquella provincia. Duque y 16 oficiales desembarcaron el 12 de febrero en el puerto de Pedregal, cercano a David, y recibieron refuerzos el 1o. de marzo. Informado Duque de que el cuerpo liberal ya estaba en Alanje, salió al frente de 380 hombres, en la madrugada del dos de marzo, dispuesto a cortar el paso en los llanos de San Pablo. El Capitán Justo Martínez iba al mando de las compañías 1a. y 32; el Mayor Fernando Arango, con la 3a. y el propio Duque dirigía el batallón **Albán**. Martínez tomó el camino de los Querébalos y Duque la dirección de los llanos, por el paso de la Barranca.

A las nueve y media de la mañana, el combate se inició con bravura por ambos lados, que se encontraban a campo abierto. Quintero y Buendía alentaban en toda la línea a los voluntarios chiricanos, pero los jefes conservadores también daban muestras de heroísmo. La versión de Donaldo Velasco indica que el Teniente Antonio Rodríguez, con sus soldados, "se cambió al bando de la revolución", en plena batalla. Si de una parte fue mortalmente herido el Coronel Duque, expirando poco después, el Coronel Quintero, cabalgando de un punto al otro también cayó herido, aunque no de gravedad. El Mayor Arango y Sotomayor también estaban heridos y a las dos de la tarde se había consumado la derrota de los conservadores, que fueron perseguidos hasta las siete de la noche. Apunta Velasco que los fugitivos informaron que Arango y Duque habían sido ultimados a machetazos, dato que no hemos podido confirmar.

Se ha dicho, igualmente, que luego de entrar los liberales, a las dos de la mañana del tres de marzo a la ciudad de David, se produjeron duros excesos. Las casas de los conservadores conspicuos (Domingo de Obaldía, Lastra y otros) fueron destrozadas. Las cenizas de José de Obaldía fueron lanzadas a la calle. La guarnición de David huyó por la cordillera hacia Bocas del Toro, en el Atlántico, siendo acompañada por civiles conservadores, como J.A. Jované, a quienes les tocó informar en Panamá sobre la derrota. La batalla de San Pablo se había librado escasos días después del triunfo liberal de Aguadulce (23 de febrero).

Cuando Herrera y las tropas que le acompañaban por mar llegaron al puerto de Pedregal, se enteraron del triunfo liberal de San Pablo, que dejaba toda la provincia de Chiriquí en manos del Partido Liberal alzado en armas. La posición del **Ejército Unido del Cauca y Panamá** resultaba inmejorable. Sus triunfos le permitían controlar casi toda la extensión de la costa del Pacífico, desde el Ferrocarril en la ciudad de Panamá, hasta Chiriquí, pasando por La Chorrera, Chame, Antón, Penonomé, Aguadulce, Santiago, Soná y David. La gran estrategia del General Herrera y el valeroso esfuerzo de los batallones liberales les hicieron prácticamente dueños del Departamento, salvo las ciudades terminales del Ferrocarril.

Es oportuno consignar que el revés trágico de la muerte del General Carlos Albán llevó al Gobierno Marroquín a designar, como Jefe Civil y Militar del Istmo, al General Víctor M. Salazar, quien se había distinguido en julio de 1900, como organizador de la defensa conservadora de la capital del Departamento, cuando la batalla del **Puente de Calidonia**. Un grupo de conservadores panameños había remitido carta al Vicepresidente Marroquín, para la designación de Salazar. Este arribó a Panamá el 4 de marzo de 1902.

Ocho lustros después, al redactar sus **Memorias**, Salazar enjuicia retrospectivamente estas primeras acciones del Ejército de Herrera, considerándolas injustificadamente como "triunfo pírrico", en el aparte que, como complemento de su opinión ya reproducida sobre el primer combate de Aguadulce, copiamos enseguida:

"El descalabro sufrido por el General Castro y la derrota del Coronel Duque en San Pablo, nos contrariaron naturalmente, pero

no nos descorazonaron. Al contrario, los detallados informes recibidos acentuaron en nosotros la convicción de que, después del combate de Aguadulce y de las grandes pérdidas, en jefes y oficiales, sufridas por la revolución, ésta no había quedado en condiciones de intentar un avance sobre Panamá. Era aquéllo, para el General Herrera, un triunfo pírrico. Con otra victoria como ésa, se habría quedado sin ejército como dijo el famoso rey de Epiro, después de la batalla de Heraclea. De consiguiente, nuestro plan continuaba siendo el mismo: esperar tranquilamente en nuestras fortificaciones de Calidonia, en Panamá, y confiar en la llegada del "Presidente Pinto", para tomar una vigorosa ofensiva, que le habría puesto fin a la guerra en menos de una semana."⁽⁴³⁾

Muy por el contrario de lo que suponía Salazar, la guerra llevaría un curso bien distinto, en el interior de Colombia y en Panamá.

e) La lucha se traslada a Bocas del Toro

No están claras las razones por las cuales el General Benjamín Herrera decidió que un cuerpo de setecientos hombres, al mando del Coronel Ramón Buendía y del Teniente Coronel Marco A. Henao, partiendo de David, cruzara penosamente la cordillera, bajo el fuerte invierno de ésta, y ocupara a Chiriquí Grande, en la Provincia de Bocas del Toro. En breve combate, el 17 de abril de 1902, las fuerzas liberales redujeron la guarnición de Chiriquí Grande, y Buendía dispuso marchar a la Isla de Bocas del Toro, cuyos defensores, tras violento fuego, optaron por capitular, con los auspicios del comandante de la nave norteamericana **Machias** (Capitán McClean), surta en la **Bahía próxima de Almirante**⁽⁴⁴⁾, quien hubo de convencer al jefe conservador Comandante Gonzalo Jiménez.

Salazar aprovechó el error táctico de Buendía, estacionado en una isla cuya defensa le sería muy difícil y envió una fuerte expedición, desde la ciudad atlántica de Colón, al mando del General Luis M. Gómez, con orden de "atrapar a Buendía en esa ratonera". Gómez llegó a Bocas del Toro el 19 de marzo.

Buendía, hombre de gran coraje, se negó a la rendición intimada por el General Gómez, y peleó con fuertes pérdidas en el perímetro

de la Isla y asiento de la capital provinciana hasta cuando por mediación reiterada del comandante del **Machias**, Capitan MacClean, se pudo concertar una capitulación muy favorable para los sitiados, a las siete de la noche del 20 de marzo. Fue pactado que Buendía y sus tropas regresaran inmediatamente a Chiriquí Grande, con veinticuatro horas de plazo para abandonar también este lugar. Pero Buendía esperaba refuerzos que no llegaron sino tardíamente, y en Punta Peña se atrincheró frente al ataque que el 26 de abril le plantearon los Generales Luis M. Gómez, R. Moreno y Jorge Ferrero, el último de los cuales acababa de llegar desde Colón con nuevas tropas. La desesperada resistencia de Buendía y la violencia de sus empujes causaron "143 muertos y más de 100 heridos",⁽⁴⁵⁾ a los conservadores, que entonces optaron por reembarcarse hacia Bocas del Toro, a pesar de su superioridad numérica, y poco después se retiraron a Colón. Explica Víctor M. Salazar que en este último combate, celebrado en Punta de Peña, "ambos bandos sufrieron algunas bajas".⁽⁴⁶⁾ A comienzos de mayo, Buendía regresaba a Chiriquí.

Vencedor en San Pablo, al lado de Quintero, vencedor en Chiriquí Grande por dos veces consecutivas y al ofrecer dura resistencia con hábil capitulación en Bocas del Toro, el Coronel Ramón Buendía mereció el ascenso a General de División que le fue acordado. La lucha en la lejana provincia bocatoreña la había dejado libre de conservadores, quienes desde entonces no pasaron de Colón.

Es posible que esta expedición de Buendía en Bocas del Toro se debiera al probable interés de Herrera, en lograr una salida hacia el Atlántico, y de allí a la costa norte colombiana, dada la imposibilidad en que se encontraba de atacar las ciudades terminales del Ferrocarril, por la amenazante oposición norteamericana. La verdad es que la expedición no tuvo mayor éxito.

f) Organización gubernamental, descanso y altercados personales en David.

Como sabemos, Herrera había dejado guarniciones en las principales poblaciones del litoral pacífico del Istmo, entre ellas, Aguadulce, jefaturada por el General Julio Plaza. El traslado del grueso del Ejército a David, y la expedición a Bocas del Toro, pu-

dieron deberse a la gran necesidad logística, en materia de alimentación, y el intento de obtener alguna vía que relacionara a Herrera con la suerte de la **Guerra**, en el interior de Colombia. En éste, los esfuerzos liberales continuaban con perseverancia, pero sin triunfos importantes, ni derrotas definitivas, siendo más frecuentes las últimas que los primeros.

Dominando Herrera todo el sector Pacífico del Istmo, excepto la capital, dispuso tomar medidas de organización gubernativa, las que en cierta forma teórica preparó como aplicables para el evento de un triunfo general en Colombia. Eran los días en que, según el paladar un tanto literario del General Salazar, "el General Herrera había fijado su apacible residencia en la ciudad de David, en donde la vida se desliza suavemente, al influjo adormecedor de la llanura que circunda de cálidos anillos la simpática villa, refrescada por el río de su nombre".⁽⁴⁷⁾

Lo cierto fue que, mientras la mayoría del **Ejército Unido del Cauca y Panamá** descansaba en David, entre marzo y julio de 1902, durante esos meses de inactividad bélica ocurrieron algunos hechos lamentables.

De Aguadulce se hacían inspecciones periódicas a la región de Azuero, y estando en Las Tablas el General Paulo Emilio Obregón, con 40 soldados, fue víctima del artero asesinato que perpetró en él su propio "Ordenanza", de nombre Salvador Tongino, oriundo de las montañas del Tolima, delincuente común que las fuerzas liberales habían encontrado en un cepo de Bejuco, en junio de 1900, y que el propio pueblo de ese lugar rechazaba. Obregón quiso, humanitariamente, llevar consigo en función de ayudante personal, al mencionado Tongino, y con Obregón anduvo, siempre en actitud resentida, ladina y delincuente, hasta dar con la gloriosa vida del General Obregón, víctima de su bonhomía. Tongino apuñaleó a Obregón, a causa de un castigo que éste le impuso; y en el acto, los soldados de Obregón ultimaron al asesino.

Es oportuno reiterar que tanto los Jefes conservadores como los liberales, mucho tuvieron que luchar enérgicamente con el vicio del alcohol, extendido en los soldados, para mantener la disciplina, a

todo lo largo de la **Guerra**. Tal vicio dio lugar a numerosos incidentes, y hasta hubo necesidad de dar castigo a soldados que, en el campo de batalla, no pocas veces expusieron sus vidas, con valentía y hasta temeridad.

Así que el **Ejército Unido** pasaba meses inactivos en David, la disciplina de los soldados tendía a relajarse. Ello provocó algunas situaciones bien deplorables, siendo espectacular la que escenificó el propio Benjamín Herrera con el General José A. Ramírez Uribe, aún comandante del **Padilla**, quien había dirigido la osada acción del hundimiento del **Lautaro**.

La condición irascible y temperamental del General Herrera se mostraba de cuando en cuando, como aquella vez en que, de un manotón, le quitó al General Díaz Morkum, en Tumaco, el sombrero de que éste no se había despojado, ni puesto de pié, para descubrirse y saludar a Herrera. El **Mano Tigre** de aquella ocasión, como lo apodó el valeroso Díaz Morkum, daba manotazos de tiempo en tiempo, como para no perder la costumbre. Uno de los soldados de Ramírez Uribe cometió falta y se le dio prisión, por lo cual Ramírez mostró serio disgusto e intentó pasar de arbitrario con el caso. Enterado Benjamín Herrera, subió a caballo **incontinenti**, dirigiéndose furibundo a Pedregal (puerto de David). A bordo del **Padilla**, y delante de la tripulación, reprendió a Ramírez Uribe, lo desarmó personalmente y ordenó su prisión.⁽⁴⁸⁾ En realidad, las grandes dotes que adornaban a Herrera como estratega, no justificaban este rudo y despótico trato para con oficiales y soldados, pese a las medidas disciplinarias que podían tomarse.

El más grave de los incidentes personales que suscitó Herrera, se produjo contra el Dr. Belisario Porras. Debemos recordar las agrias disputas que en 1900 sostuvieron el General Emiliano J. Herrera y el Dr. Porras, debido a la conducción de la guerra cuando el **Ejército Restaurador** fue a estrellarse en el **Puente de Calidonia**. Ahora se había repetido, en el nuevo Ejército victorioso, la rivalidad negativa de **centranos y panameños**, que hubo de alcanzar el nivel de los mismos oficiales. Al navegar desde Búcaro, Tonosí, saliendo para Pescaderías, y en Punta Mala, con motivo de la tempestad que casi hunde los veleros de la tropa, Herrera se condujo muy grosera y

bajamente con Porras, ante todos los presentes en el Padilla. Al momento de la capitulación de Aguadulce, los dos Jefes disputaron por las sanciones que Herrera decidió imponer a varios conservadores prisioneros. La tensión, la animadversión y las rivalidades personalistas de ambos Jefes podían llegar a un punto de estallido, en cualquier momento, como efectivamente aconteció.

Las violentas discrepancias entre el General Herrera y el Dr. Porras no sólo se suscitaron por esas rivalidades personales entre altos Jefes. Al estacionarse el **Ejército Unido** en David, el Dr. Porras promovió entre los oficiales liberales panameños un plan consistente en confrontar a Herrera con una reorganización de las dos Divisiones (Cauca y Panamá), en la cual se reconociera la debida jerarquía a dichos oficiales, mas el General Manuel Quintero Villarreal se manifestó en desacuerdo y el General Victoriano Lorenzo expresó que él seguiría la decisión que adoptara Quintero Villarreal.

No pudo el Dr. Porras llevar a efecto ese plan, en el que le apoyaban algunos panameños y que tenía por fin desplazar a Benjamín Herrera de su posición hegemónica. El camino de las conjeturas en torno a la verdad de fondo, en este incidente de reorganización, nos parece vedado. Lo cierto fue que Herrera optó por una reorganización que favoreció al General Quintero Villarreal, relegando al Dr. Belisario Porras a la posición secundaria de Secretario Ayudante de la Comandancia.⁽⁴⁹⁾ Esta degradación causó un enorme rechazo de parte del Dr. Porras, quien entonces escribió una carta dirigida al Secretario del General Gabriel Vargas Santos, en la que formulaba graves cargos al General Herrera, presentándolo como soldado "brusco y torpe", responsable de las desavenencias constantes entre centranos y panameños, autor de exageradas exacciones de guerra impuestas no sólo al enemigo sino también a liberales, y remitente de mercancías decomisadas y ganados al extranjero, con afán negociador.⁽⁵⁰⁾

Dicha carta fue interceptada en la nave que la llevaría y en el altercado verbal de los dos Jefes, Porras increpó a Herrera, aceptando ser autor de la carta. Enfurecido, Herrera le lanzó a Porras un pisapapel en la cara, que le produjo herida en la frente y le destrozó los anteojos; lo tildó de cobarde y traidor, y lo sometió a un

Consejo de Guerra. Juzgado por éste, se le condenó a muerte, pero debido a la enérgica oposición del General Sergio Pérez se le conmutó la pena a 15 años de prisión.⁽⁵¹⁾ Así se explica que la gran mayoría de los jefes liberales suscribieran una declaración de obediencia, en la que expresaban: "Hacemos constar, una vez más que reconocemos, acatamos, haremos reconocer y respetar la autoridad de que está investido al Señor General Benjamín Herrera... "Al mismo tiempo censuramos todo acto de indisciplina que se haya cometido o puede cometerse por miembros de ambos ejércitos como altamente nocivo, para los grandes intereses de la causa y declaramos que sostendremos la unidad y el buen nombre del Partido...". Sin embargo, no firmaban Belisario Porras, Carlos A. Mendoza, Rafael Neira, Benjamín Quintero, José Antonio Ramírez Uribe, ni Roberto Payán.⁽⁵²⁾

Aunque nos adelantemos un tanto en la cronología, para irnos acercando al final de la condición a que fue reducido el Dr. Porras, diremos que se le mantuvo en prisión desde el 4 de mayo, y que cuando las fuerzas liberales desocuparon David, a los Jefes liberales prisioneros se les llevó a Montijo, y después a Santiago, lugar en el que era Prefecto el Coronel panameño Benjamín Quintero, muy allegado al Dr. Porras. Los amigos de éste hicieron una colecta de dinero para auxiliarlo, a fin de que huyera al exterior, sin contrariar la voluntad de esos amigos, como efectivamente sucedió, viajando por el Cerro del Tuto, Calóvebora, Santa Fé, Ola, La Peña, Los Cerrillos, La Media Luna, Guzmán, La Pintada, Boca de Coclé, Bocas del Toro y Puerto Limón (este último lugar, en Costa Rica).⁽⁵³⁾

Desde Costa Rica, Porras envió una carta, con fecha 16 de septiembre de 1902, al periódico panameño EL CRONISTA, que éste insertó en su entrega No. 2928, de 22 de septiembre, la que debemos reproducir, siquiera parcialmente, ya que es poco conocida y casi nunca citada, y porque en ella el gran revolucionario y político liberal panameño suministra su versión respecto de los incidentes habidos con el eminente guerrero caucano, si bien la insistencia de varios testigos de la época en la celebración del Consejo de Guerra, contrasta con la negativa de Porras, quien tal vez no fue notificado personalmente del mismo.

"Después del combate de Aguadulce de 23 de febrero —explica

Porras-- fui efectivamente encarcelado en Pocrí de Aguadulce durante doce días, porque quise separarme del Ejército Liberal que en el Istmo dirigía y dirige aún el señor General Benjamín Herrera. El 28 de marzo fui detenido una segunda vez e incomunicado, durante quince días en David, por no haber querido aceptar el cargo de Ayudante Secretario del citado General, con quien no me ligaba ya ningún vínculo de amistad; y, en fin, el 4 de mayo lo fui una tercera vez hasta el 26 de julio, día de mi evasión de Santiago, por diferir con el mismo Herrera en el modo de conducir la campaña, y porque no guardé el silencio del miedo respecto de dos heridas que él me infirió de un modo alevoso o porque no convine en decir que me las había inferido un soldado soez.

“Estuve, pues, sin duda ninguna, preso en diferentes cárceles, pero nunca se me tomó declaración, no se me procesó, ni se me juzgó por Juez, ni por Consejo, ni por Tribunal ordinario, extraordinario o **ad-hoc**. Lo único que hizo el señor Herrera fue hacerme conocer la causa de mi prisión... “Sufrió la prisión, sometido a la soledad y al silencio, y en calabozo oscuro, privado de aire y de luz, sujeto a la privación de sueño y a otras muchas torturas que sería prolijo enumerar, incalificables e inauditas...”

Debemos reiterar que llama poderosamente la atención el hecho de que el Dr. Lucas Caballero pasa por alto, en su **Memoria**, todos estos incidentes personales entre Porras y Herrera, sin que podamos explicarnos esta omisión deliberada.

En los últimos días que estuvo el **Ejército Unido** en David



sionero Sandoval, por disposición de Lucas Caballero, éste corrió hacia el cuartel en que se desencadenó el hecho, encontrándose con que Bustamante y dos oficiales venían corriendo a pie, con los revólveres prestos a disparar. Repuesto el Dr. Caballero de la impresión catastrófica recibida, al ver a Bustamante ileso, le previno de que Sandoval estaba prisionero y juntos celebraron que no se hubiera dado un desenlace fatal.⁽⁵⁴⁾

g) La “quinta columna” y dos victorias navales.

A raíz del hundimiento del **Lautaro**, y ante la impotencia en que estuvo el **Ejército Unido** para marchar sobre la ciudad de Panamá, por la amenaza norteamericana de oponerse con sus fuerzas a ello, al General Benjamín Herrera se le ocurrió que debían preparar secretamente “una división de avanzada”, formada por gente de la causa liberal, de la mayor confianza, que actuara dentro de las ciudades de Panamá y Colón. El trabajo de esa “división invisible” sería el de suministrar a la Jefatura del **Ejército Unido** toda una serie de “datos totalmente oportunos y precisos”. Remitió cartas especiales, incluso la necesaria clave para cifrar los informes, a quienes serían los directores y responsables clandestinos de “labor tan delicada”. “Ella necesita —explicaba Herrera— gente de absoluta confianza, y muy avisada, en las oficinas del cable y del telégrafo, en el puerto, en los muelles de embarque y desembarque, en los hospitales y hasta en los cementerios”.

Poco a poco se fue organizando esa “división de avanzada” interna, que a los dos meses comenzaba a dar muestras de una eficiencia increíble. Para igualarse a la célebre “quinta columna” de la guerra civil española (1936-1939) y de la segunda guerra mundial (1939-1945), sólo dejó de lanzarse al ataque armado desde dentro de las ciudades terminales del Ferrocarril, que los conservadores ocupaban. Pero casi en todo lo demás, la tarea fue la misma; a tal grado pudo llegar la extraordinaria sagacidad militar de Herrera.

Ya el Gobierno conservador iniciaba, a mediados del año 1902, los preparativos bélicos para una gran ofensiva en el Istmo. Había comenzado por reforzar su flotilla marítima, pero el **Alejandro Padilla**, ahora comandado por el General Rafael Santos V, tenía la misión de hostigar y bloquear las acciones de esa flotilla,

hasta donde pudiera, y de poner fuera de combate, sin correr grave peligro, cualquier unidad marítima del Gobierno.

La actividad marítima de transporte y encuentros navales fue intensa a lo largo de todo el mes de julio. Pero días antes, el 24 de junio, el **Chucuito** remolcaba la goleta **San Atanasio**, con soldados y oficiales de refuerzo para Aguaduice. En la boca de este puerto, el **Padilla** disparó sus cañones y el **Chucuito**, a fin de ponerse a salvo, soltó rápidamente la goleta, que cayó en manos de la gente del **Padilla**.

El 26 de junio, el 1o. y el 8 de julio, la flotilla conservadora salió en busca del **Padilla**, sin lograr localizarlo, pues éste se encontraba en Pedregal. Mas el 19 de julio, el **Padilla** vino hasta Taboga, detrás del crucero norteamericano **Ranger**, cuyo Comandante había ido a Pedregal, en gestiones de paz, ante el General Herrera. El **Clapet** y el **Chucuito** le hicieron frente a la nave liberal. "Todo el día hubo cañoneo, hasta la noche; fue para los habitantes de Panamá un espectáculo que contemplaban desde las terrazas y balcones y orillas del mar; pero a pesar de la abundancia de proyectiles no hubo mayor resultado" (54 Bis).

Los aprestos de movilización conservadora hacia el interior del Departamento habían llevado a la **Boyacá**, al **Chucuito** y a la gasolinera **Campo Serrano**, al Golfo de Parita, en la madrugada del 30 de julio. No estaban muy ignorantes los liberales de estos movimientos marítimos. Y el 29 de julio, en la noche, el **Almirante Padilla** estuvo en las cercanías de ese Golfo, manteniéndose a la expectativa. A las dos de la mañana del día 30, preparó sus tubos, avivó el fuego de su marcha y continuó alerta. Dos horas después, a las cuatro de la mañana, se dispuso a entrar al Golfo. A las cinco, avistó la flotilla enemiga y enfiló hacia ella, tratando de que la misma no pudiera buscar refugio en el puerto de Aguaduice. A 3.500 metros de la cañonera **Boyacá**, el **Padilla** rompió los fuegos, lo que permitió al **Chucuito** emprender la retirada, poniéndose a salvo. La **Boyacá** disparaba también contra el **Padilla** y ya en pleno día, a las 8:30 de la mañana, la primera soltó la gasolinera **Campo Serrano**, que llevaba a remolque, para tener más libertad de movimientos. El **Padilla** se acercó a la gasolinera y la gente liberal la ocupó, siendo enviada inmediatamente, al mando del Comandante Jorge Tadeo Lozano, para Chitré, donde podía quedar a buen recaudo.

Mientras tanto, la **Boyacá** trataba de escapar, sin cesar sus disparos, y al acercarse a la costa, encalló en las proximidades del puerto de Mensabé, en tanto que el **Padilla** no aminoraba su persecución. Había transcurrido una hora desde la captura del **Campo Serrano**, cuando la tripulación de la **Boyacá** izó bandera blanca. En los dos barcos capturados iba un refuerzo conservador de 250 hombres con destino a Aguadulce (3 generales, 5 coroneles, 3 tenientes coroneles, 6 sargentos mayores, 65 oficiales), personal que fue mantenido prisionero, cayendo el importante parque de a bordo en manos liberales. Allí se entregó el General Alejandro Ortiz, Comandante de la **Boyacá**, la que fue reflotada cuatro días después por los liberales. Aunque ni los conservadores de Panamá ni los de Aguadulce lo advirtieran, la pérdida de la **Boyacá** había decretado el gran descalabro conservador de Aguadulce.

A la vista de esta acción naval estuvo el cañonero norteamericano **Ranger**, el que viniendo de David entró hasta la línea de los disparos cruzados por los beligerantes, pero sin recibir daño.⁽⁵⁵⁾

Herrera designó, para comandante de la **Boyacá** al General Pablo Emilio Morales, quien no gozaba de prestigio entre los jefes del **Ejército Unido**, porque en el primer combate de Aguadulce se había negado a llevar un aviso hasta un flanco liberal que estaba en plena balacera. "No me haga matar llevando razoncitas", había objetado Morales, ante la orden de Lucas Caballero; "déjeme para algo de importancia en que valga la pena morir" (pág. 122).

Pocos días después del encuentro marítimo narrado, otra flotilla del Gobierno se acercó a las costas de Aguadulce. Rápidamente se instalaron cañones pesados en la **Boyacá**, y se dispuso que su Comandante Morales dirigiera la persecución hacia mar abierto. Teniendo a conveniente distancia un buque enemigo, Morales ordenó disparar el cañón de proa, el cual quedó desmontado y sin posibilidad de uso inmediato. Reiteró la orden con los cañones de popa, y ocurrió lo mismo. Desarmada la artillería de la **Boyacá**, Morales avivó maquinarias para lanzarse al abordaje, previas descargas de nutrida fusilería. Espada en mano, Morales capturó con sus hombres la nave conservadora, y al bajar a tierra recordó al Dr. Lucas Caballero que él le había pedido morir por algo importante y no "llevando razoncitas".⁽⁵⁶⁾

Esas dos victorias navales se dieron con motivo de la movilización de los dos bandos enemigos, que concurrían hacia Aguadulce, en donde tuvo lugar la acción guerrera más importante de 1902, conocida con el nombre del sitio de Aguadulce, y que merece una descripción detenida. Para ésta, conviene retroceder en el tiempo, ya que las acciones navales antes mencionadas se dieron en el mes de julio y principios de agosto.

h) El sitio y la rendición conservadora de Aguadulce.

Después de las acciones bélicas que tuvieron por escenario la provincia de Bocas del Toro, por diferentes conductos del servicio de inteligencia que se había organizado llegaron al General Herrera las indicaciones claras de que el Gobierno conservador adelantaba preparativos para atacar en firme al victorioso **Ejército Unido**, abriendo una ofensiva que lo destruyera. Entonces fue cuando la sagacidad y la estrategia militares de Herrera concibieron un habilísimo plan de campaña. Antes que esperar un gran ataque conservador, por tierra y por mar, en el extremo oriental del Departamento (Chiriquí), era preferible atraer al enemigo a un punto central, en donde fuera posible darle batalla, sin desventaja. Pero no resultaba fácil que todas las fuerzas gobiernistas fueran traídas a lo que, sin sospecharlo, podría ser una gran y destructora trampa.

El esfuerzo militar del Gobierno sería extraordinario, pues se dispuso traer a Panamá gran número de tropas escogidas y jefes conservadores de lo más granado. Llegaron, pues, los batallones Gramalote, Salazar, Henao, Magdalena, Estrada, Cúcuta, Casabianca, Sucre, Holguín, Bomboná, Quinto de Cali y Colombia, que pasaban ya de cinco mil soldados. El 29 de abril vino a Panamá el General Pompilio Gutiérrez, vencedor del famoso guerrillero Negro Marín; trajo 700 veteranos. Al día siguiente llegó el General Floro Moreno con mil hombres más. Las fuerzas conservadoras en el Istmo alcanzaban ya a siete mil hombres, y la concentración se debió a las últimas derrotas del Gobierno en Panamá y al peligro que constituía el Ejército victorioso de Benjamín Herrera. Aunque el 1o. de junio asumió el mando militar del Istmo el General Pompilio Gutiérrez, como Comandante en Jefe, el General Víctor M. Salazar, su subordinado jerárquico, siguió llevando el peso de la conducción de la guerra, y las medidas escritas que se adoptaron presentaban las firmas de ambos

jefes conservadores, hasta cuando Gutiérrez salió para los Estados Unidos el 28 de junio, de donde regresó a Panamá a principios de agosto.

Dispuso el General Herrera que, para evitar un ataque sorpresivo, se vigilara todo el litoral, desde Chorrera hasta Chiriquí, y que por tierra, el General Jesús María Lugo cuidara la región de Chorrera y pueblos del interior, en tanto que el General Julio Plaza resguardaba el sector de Aguadulce y el Río Santa María.

El propio Herrera se trasladó a la línea del Ferrocarril para estar al tanto de lo que ocurría en el centro neurálgico del campo contrario (las ciudades de Panamá y Colón), y el **Ejército Unido** quedó en David, a la expectativa. Dispuso el gran Jefe militar que las avanzadas liberales, desde la línea férrea, procedieran a retirarse paulatinamente, cediendo el territorio al enemigo, como si no dispusieran de ánimo ni de fuerzas para enfrentársele. Por ello, las avanzadas de las provincias de Panamá y Coclé, a órdenes del General Lugo, vinieron replegándose hasta Santiago de Veraguas, en la parte central del Istmo. Era una táctica para dar confianza a los conservadores de un posible triunfo y atraerlos a esa región central. Además, Herrera ordenó que se condujeran hacia el Río Santa María todos los ganados que se encontraran al paso, en esa "retirada" aparente, para disponer de ellos en las haciendas de **Las Divisas** (hoy Divisa). Se ganaba tiempo, y se preparaban elementos.

A fines de abril y en el mes de mayo, en el campo conservador "llevábamos una vida de relativa quietud, limitándonos a acumular fuerzas y elementos, para proseguir la campaña y esperar el anhelado buque "Presidente Pinto", que el doctor Abadía Méndez debía traernos de Santiago de Chile, aunque nosotros, para esos días, casi habíamos perdido toda esperanza en el éxito de la misión que adelantábamos ante el Gobierno de la Moneda", dice el General Víctor M. Salazar. "En el estado descrito, de inacción — agrega—, nos encontrábamos en compañía del General Pompilio Gutiérrez, en la ciudad de Panamá, cuando fuimos informados, de fuentes muy seguras, de que una fuerza rebelde, constante de 1000 hombres, al mando del General Julio Plaza, se encontraba en la ciudad de Aguadulce, sitio muy lejano de David, en donde se hallaba el General Herrera con el grueso de su ejército. Saliendo de aquella quietud, consideramos entonces que quizás era el momento de ejecutar un movimiento rápido sobre el General Plaza para obligarlo a combatir

cortándole sus comunicaciones con el General Herrera, sin dar tiempo de que éste viniera en su auxilio".⁽⁵⁷⁾

En tanto que la estrategia de Benjamín Herrera consistía en lograr que las fuerzas gobiernistas se concentraran en la región céntrica del litoral pacífico del departamento, la estrategia de Salazar se dirigía a dividir en dos el frente liberal y atacarlo primero en Aguadulce, para después batir a Herrera en Chiriquí. Pero en ello, Salazar iba a coincidir más bien con la estrategia de Herrera, y resulta evidente que el primero subestimó las posibilidades de acción del Ejército liberal.

Salazar y Gutiérrez escogieron al General Luis Morales Berti, quien se había distinguido en **Palonegro**, para batir a los liberales de Aguadulce y recuperar esta plaza. El 9 de junio se hizo a la mar la flotilla conservadora, formada por la **Boyacá**, el **Chucuito**, el **Clapet** y seis veleros, conduciendo los batallones Gramalote, Casabianca, Cúcuta, Salazar, Tenerife y Bomboná, con un total de 1.500 hombres, que desembarcaron en Pescaderías, puerto de Antón. A ese contingente se agregó, el 13 de junio otro cuerpo formado por los batallones 5o. de Cali, Colombia, Granaderos, Sucre y Magdalena, de mil hombres, al mando del General Francisco de Paula Castro, que en esta oportunidad quedaba a órdenes de Morales Berti. En verdad, la estrategia conservadora tampoco estuvo muy definida. Castro se unió a Morales Berti, y juntos salieron de Antón hacia Aguadulce. En tanto que Herrera, según lo anota Donaldo Velasco, se había extendido en una "larga cadena humana que abrazaba todo el litoral del Departamento" (página 147).

Veamos cómo describe Caballero el curso de los movimientos, de parte y parte: "Como de la mano fue conducido el enemigo a la plaza de Aguadulce: el 10 de junio desembarcó en Antón una primera expedición y en fechas posteriores continuó trayendo nuevas. Al avance de estas fuerzas, la guarnición de Aguadulce se retiró al Santa María y por orden que tenían las demás fuerzas de la provincia de Panamá cumplieron el movimiento de concentración ordenado, dejando apenas los retenes que resguardaban las vías de las montañas.

"El 21 de junio una fuerza enemiga ocupó la población de Aguadulce; siguieron llegando luego las demás divisiones y desde entonces quedaron nuestras fuerzas avistadas con las del gobierno. Un cuerpo de caballería, el escuadrón "Padilla", a órdenes del

Coronel Francisco J. Valle, quedó como avanzada de la división que guardaba el Santa María".⁽⁵⁸⁾

Como se sabe, pues, el 10 de junio de 1902, el General Víctor Manuel Salazar puso en Antón un numeroso contingente, al mando del General Luis Morales Berti.⁽⁵⁹⁾ También adoptó medidas para que el General Francisco de Paula Castro, con otros batallones, desembarcara cerca de Aguadulce, siguiendo el Río Santa María, pero Castro optó por unirse a Morales Berti en Antón. A todo ello se debió que el General Julio Plaza, amenazado desde ese lugar y otros puntos de Coclé por Castro y Morales Berti, siguiera el desarrollo táctico trazado por Herrera y abandonara el pueblo de Aguadulce, que Morales Berti ocupó el 21 de junio de 1902, retirándose Plaza hasta la margen occidental del Río Santa María y Santiago. Desde David, el General Herrera se trasladó inmediatamente a la nueva posición de Julio Plaza, y advirtiendo que la concentración conservadora en Aguadulce era numerosa, consideró que tal era el lugar a donde debía venir el grueso del **Ejército Unido**.

¿Qué había ocurrido, entonces, en el campo conservador? Con lujo de detalles, la correspondencia de Salazar con Morales Berti y Castro da cuenta de que los dos últimos se dirigieron desde Antón a Aguadulce, pero ya no pudieron interceptar al General Julio Plaza, quien, según se ha visto, se retiró hasta detrás del Río Santa María. A mediados de junio, Salazar insistía en que "es indispensable impedirle al enemigo toda retirada a Santiago de Veraguas para evitar su concentración en David o en otro punto cualquiera de la provincia de Chiriquí, porque esa concentración equivaldría a prolongar la guerra en este Departamento por ocho meses, cuando menos; en tanto que si logramos interceptarle esa vía, obligándole a combatir en Aguadulce o sus cercanías y venciéndolo allí, que es lo seguro, las fuerzas que Herrera tiene en David no pueden resistirnos de ninguna manera y la guerra queda terminada antes de un mes".⁽⁶⁰⁾

En gracia de una comprensión cabal del desarrollo de las acciones bélicas a las cuales nos estamos refiriendo, debemos anotar que el 24 de junio el **Padilla** dividió al **Chucuito**, en el Golfo de Parita, llevando a remolque un velero con tropas. La rapidez del **Padilla** y sus fuegos efectivos pusieron en fuga al **Chucuito**, que abandonó el velero, el cual fue capturado con todo el contingente que transportaba para las cercanías de Aguadulce. Ese día comprendió el General Benjamín Herrera que en un momento dado podía tener el

dominio de las operaciones marítimas, y que si el enemigo se concentraba en un punto del centro del país, como Aguadulce, allí se le podía dar el combate definitivo por tierra. Confirmó Herrera que su plan estratégico estaba teniendo un gran acierto, pues ya había retirado sus avanzadas desde la línea del Ferrocarril, hasta Santiago de Veraguas, y permitido que las fuerzas conservadoras desembarcaran por Antón (10 de junio) y que contingentes poderosos alcanzaran Aguadulce. Si el enemigo continuaba su concentración en este pueblo, allí quedaba confinado, reunido, para el combate final.

Era necesario precipitar, al mismo tiempo, la presencia del **Ejército Unido** en el mismo punto. Trasladándose ahora a David, acordó Herrera con su Estado Mayor el movimiento general del **Ejército Unido** hacia el centro, cuando la situación estuviera madura. A la vez, dispuso que la flotilla liberal hostigara al enemigo para evitar la posibilidad de constantes y mayores refuerzos, por lo cual el **Padilla** y el **Cauca** atacaron en Taboga, en Flamenco y en la ensenada de Antón, los días 19, 20 y 21 de julio, a las naves conservadoras que en esos lugares estaban.

Entonces el infatigable Herrera vino otra vez desde David a esperar la llegada de su Ejército, por tierra y por mar, en la orilla occidental del Río Santa María. Entendió que había llegado el momento de la concentración liberal de todas las fuerzas y telegráficamente pidió al Dr. Lucas Caballero que se diera cumplimiento a sus instrucciones impartidas a tal efecto.

La nota telegráfica de Herrera decía: "Ya tenemos el ejército enemigo en sitio donde queda a nuestra discreción. Es urgente que se venga inmediatamente con el grueso del ejército en el **Padilla**, y el **Panamá** y los remolques, al puerto inmediato al Río Santa María en donde tengo mis fuerzas en posiciones inaccesibles".⁽⁶¹⁾

El General Rafael Díaz Morkum tuvo a su cargo el transporte marítimo del primer contingente, desde Pedregal. El segundo grupo vino al mando del Dr. Lucas Caballero, también desde ese puerto,⁽⁶²⁾ y luego de iniciada la navegación se presentó una flotilla conservadora, que huyó, tras un breve cañoneo del **Padilla**, por lo cual el viaje por mar terminó sin contratiempos. Herrera recibió con alborozo la llegada del **Ejército Unido** al puerto del Río Santa María, puesto que hasta los cañones habían llegado por mar, de modo rápido. La expedición de las tropas de menor volumen que debía

llegar por tierra, fue consumada al mando del Coronel Jorge E. Gálvez D.⁽⁶³⁾ En esta movilización se produjo el incidente de Sandoval con Bustamante, y la llegada a Santiago de Ramírez Uribe y de Porras, como prisioneros, el último de los cuales huyó al exterior, según lo hemos relatado.

El 27 de julio, el **Ejército Unido** estaba desplegado por toda la margen occidental del Río Santa María, desde su desembocadura, hasta el paso de **Remanso**, en una línea de 17 leguas. En la orilla opuesta, los destacamentos **Padilla**, **Peralonso**, **Aquileo Parra** y **Húsares de Aguadulce**, constituían la avanzada. Esta pudo ocultar que el grueso del **Ejército Unido** cruzó el Río Santa María, pues el enemigo no se percató de la forma sigilosa y simultánea en que cada batallón pasó, cada cual por su trecho, el caudaloso río, y el cruce llegó a cumplirse como si lo hubiera hecho un solo hombre. Todo el **Ejército Unido** quedaba, ahora, en la orilla del lado de Aguadulce.

Por **Las Divisas**, a uno y otro lado del Santa María, hasta la costa y sus manglares, se extiende parte de los extensos llanos de Coclé. Las poblaciones de Natá, Aguadulce, Pocrí, Santa María y otros pequeños poblados como El Cristo y Río Grande, para mencionar los más conocidos, se ubican en esos llanos, que tienen muy pocas alturas o cerros. Del Río Santa María hacia oriente, la población más cercana es, precisamente, Aguadulce; y en ese lugar, sitio del combate del 23 de febrero de 1902, en que triunfaron por primera vez las fuerzas liberales de Herrera, se habían concentrado ahora cinco mil tropas conservadoras traídas de muchos puntos de Colombia, al mando de preclaros jefes gobiernistas. Como lo había concebido originalmente Herrera, y como lo expresó en el aviso dado para que el **Ejército Unido** viniera prontamente de Chiriquí, "ya tenemos al ejército enemigo en sitio donde queda a nuestra discreción". Y para fines de julio, también el **Ejército Unido** estaba concentrado en la margen este del Santa María, en cantidad aproximada a los siete mil hombres.⁽⁶⁴⁾ Los dos ejércitos afilaban sus garras, como dos fieras que olfatean la inminente lucha.

Días antes, el General Salazar reiteraba su preocupación por que el Gobierno conservador adquiriera una nave de guerra con que enfrentar al **Padilla** y anota que "el general Gutiérrez (Pompilio) estimó que era indispensable su viaje a los Estados Unidos para colaborar con el Dr. Concha (el embajador colombiano en Wash-

ington) en la compra de una nave, cuya adquisición estaba ya ordenada por el Ministro General Aristides Fernández. A tal efecto, el General Gutiérrez salió de Panamá el 28 de junio y oportunamente llegó a su destino".⁽⁶⁵⁾ Pero ni los consejos epistolares a Morales Bertí y a Castro, ni los vehementes deseos de Salazar por la adquisición de una nave de guerra, pudieron torcer el rumbo de los acontecimientos que se dirigían hacia una batalla final en Aguadulce. El mismo Jefe Civil y Militar del Istmo, General Salazar, hubo de convenir en que no había otra posibilidad que la del enfrentamiento definitivo: "Mientras el general Gutiérrez —dice— realizaba su viaje por los Estados Unidos, nosotros continuábamos los preparativos necesarios para auxiliar a los generales Morales Bertí y Castro".⁽⁶⁶⁾

Tales esfuerzos de ayuda consumieron casi todo el mes de julio y en carta de 20 de este mes, Salazar, frente a la inminencia del ataque de Herrera, requería desesperadamente a Morales Bertí (jefe principal de las fuerzas conservadoras de Aguadulce, pues el General Francisco de Paula Castro era el segundo) así: "Es indispensable que usted me diga cuál es su plan o qué movimientos podríamos ejecutar sobre el enemigo o si conviene esperarlo allí o retirarnos o hacerle algún ataque por retaguardia. En fin, yo necesito que usted me informe algo de lo que se puede hacer para ver en qué puedo ayudarle, bien entendido que, para un caso supremo y urgente, puedo llevar de aquí hasta 700 hombres y más municiones.

"Penétrese usted de que el combate que se va a librar allí será el que ha de ponerle término a la guerra. Si ya está iniciado y usted se viere mal, envíe parlamentarios y de cualquier manera paralice la acción del enemigo con propuestas de capitulación, etc., hasta que yo pueda reforzarlo. El combate tenemos que ganarlo o renunciar a nuestras esperanzas de un triunfo definitivo".⁽⁶⁷⁾

El 22 de julio Morales Bertí solicitaba un refuerzo de un mínimo de 500 hombres. Al día siguiente Salazar enviaba la **Boyacá** transportando 200 hombres, comandados por el General Joaquín García R., y prometía enviarla de regreso, en nuevo viaje inmediato, con 200 ó 300 hombres más. "En nuestro afán de complacer a Morales Bertí enviándole los refuerzos que nos pedía en su comunicación del 22, dispusimos que inmediatamente se aprestara la **Boyacá** para marchar nuevamente a Aguadulce, llevando 250 hombres al mando del General Estanislao Henao, los que efectivamente zarparon en la noche del 29 de julio. Esta última pequeña expedición

estaba llamada a tener un fin desastroso. Ya en las cercanías de Aguadulce la cañonera fue atacada por el **Padilla**, obligándola a encallarse en un lugar de la costa, en donde fue capturada con todos sus elementos".⁽⁶⁸⁾

Coincidiendo con tal percance, en la misma fecha Salazar le escribía confidencialmente a Morales Berti: "Después del refuerzo que he suministrado a usted, hemos tenido que dejar casi abandonadas las plazas de Colón y Panamá, porque las fuerzas que trajo el General Gutiérrez se encuentran casi todas en los hospitales. Si el General Herrera llegara a penetrarse de esta malísima situación, es indudable que cambiaría su plan de operaciones: lo dejaría a usted atrás por un movimiento estratégico, y vendría sobre estas plazas que han sido y son el ideal de la revolución".⁽⁶⁹⁾

A la acción naval del 30 de julio ya nos habíamos referido anteriormente (captura de la **Boyacá**), mas ahora lo hemos hecho desde la óptica conservadora del Jefe Civil y Militar del Istmo, porque ello complementa el enjuiciamiento histórico de **La Guerra de los Mil Días** en el Istmo.

La estrategia conservadora se fincó en el atrincheramiento, en la defensa de Pocrí y de Aguadulce, para repeler y destrozarse al enemigo, desde posiciones fuertes. Se cavaron trincheras; se construyeron emplazamientos para combatir parapetados; se ocuparon los sitios que se tuvieron como mejores; se instalaron baterías de cañones; se acopiaron todos los elementos necesarios, incluso ganados, para abastecer la voluminosa tropa, veterana de casi tres años de guerra.

La desconcertante y hábil estrategia de Herrera se dirigió a formar un arco extendido, que desde un tanto lejos cerrara todas las vías de acceso al pueblo de Aguadulce. Y su táctica fue un modelo de cortos avances, ya en un lado, ya en otro, para ir cerrando el círculo y acercándose más y más al enemigo, a fin de asestarle el golpe final.

Pocrí está ubicado más al noroeste, en pleno llano, y tan sólo a dos kilómetros de distancia de Aguadulce, población ésta que se acerca hacia la costa, con un puerto inmediato. La única eminencia importante del terreno es el Cerro del Vigía, que antecedido por otras colinas como Los Gatos, Algarrobal, etc., desciende por el

Cerro Vaca de Monte hasta las goteras de Aguadulce, a unos escasos tres mil metros. Pasando Aguadulce, entre los llanos, se esconde el pequeño poblado de El Cristo. Visto con alguna liberalidad, el terreno forma una especie de cuadrilátero, con el Vigía y sus colinas por un lado; Pocrí hacia el noroeste; más allá El Cristo, en un punto algo lejano, en dirección este, y en un vértice hacia la costa, Aguadulce. En ese cuadrilátero desarrolló el General Herrera su gran estrategia y su táctica sagaz.

El 27 de julio y el día siguiente no hubo avance espectacular. Cada jefe debía explorar previamente el terreno, y avanzar construyendo trincheras, para ofrecer resistencia, cuando fuere necesario. El 28 de julio el propio Herrera visitó el costado de El Cristo y sus alrededores, que están un poco más altos que Aguadulce, y como no hubiera tropas conservadoras en ese sector, ordenó que las Divisiones 1a. y 4a. del Ejército, al mando de los Generales Díaz Morkum y Buendía, ocuparan esa posición, lo que se efectuó el mismo 28 en la noche, formando el ala izquierda.

De inmediato se movilizaron las Divisiones 3a. (del General Federico Barrera), 5a. (del General Julio Plaza) y 6a. (del General Jesús María Lugo), para constituir el ala derecha, con lo que se completaba la formación del arco aún lejano, pero controlando ahora todos los accesos desde el llano, hacia Aguadulce y Pocrí. Sólo quedaba libre el camino del puerto, a espaldas del frente conservador.

Todo lo dispuso Herrera para iniciar prudentemente el avance. En la Orden generalísima del 28 de julio se dispuso que "ningún jefe de cuerpo ni la oficialidad pueden pelear a caballo", ni los escuadrones, salvo disposición especial y oportuna; "hacer que la tropa prepare comida suficiente para el día de hoy y el de mañana, que debe cargar consigo, ya en las marchas o durante el combate". Con otras medidas de esta Orden, no podía darse una preparación más meticulosa. El mismo 29 se ordenó un avance por el lado central, llegando las tropas hasta las proximidades de Pocrí, en donde el enemigo se había hecho fuerte, para detener el ataque hacia Aguadulce. Herrera ordenó que el ataque se abriera de noche y al amanecer del 30 de julio; que el avance fuera general y envolvente; que el General Barrera ocupara de noche y al amanecer el **Corral del Lazo**, al noreste, frente al pueblo de Aguadulce; que el General Plaza cubriera la apertura que quedaría al extremo hacia El Cristo; y que el General Díaz Morkum tomara Pocrí, avanzando luego hasta el punto

extremo de la línea del General Plaza. En ese cuadrilátero de la batalla, el General Herrera desplegaba su estrategia y sus tácticas, sus avances y atrincheramientos, como para dar el "jaque mate", en un gran tablero de ajedrez.

Los conservadores hicieron resistencia en el **Corral del Lazo**, pero sin mayores esfuerzos, y se replegaron a las trincheras de **Pozo Azul**, una ondulación del terreno ya en los suburbios y primeras casas de Aguadulce. El 30 de julio al amanecer, Díaz Morkum ocupaba Pocrí, desalojando un batallón conservador allí estacionado. Con el día, a los tiros de la fusilería se mezclaron, en el campo liberal, las dianas de veinte cuerpos de cornetas y tambores, los toques marciales de cuatro bandas de música, el vocerío de los soldados que avanzaban por toda la extensa línea del llano, y el grupo a caballo del General Herrera y su Estado Mayor, que exploraba y señalaba las posiciones hacia las cuales debía dirigirse, paso a paso, cada sector de infantería. Todo ello se desarrolló en presencia del enemigo, que no cesaba de disparar desde sus parapetos, llegando las avanzadas liberales, en algunos puntos, a mil y hasta seiscientos metros de las trincheras conservadoras. Con el formidable avance, el batallón **Libertador**, conducido por el siempre valeroso General Herrera, tomó **Pozo Azul**, defendido con cerrada fusilería por el enemigo. Ocupadas las posiciones convenientes, se emplazaron, a la derecha y a la izquierda, baterías de cañones.

Seguro del triunfo de ese día, el General Herrera envió un parlamentario, a las dos de la tarde, intimando la rendición de la plaza y aconsejaba la salida de mujeres y niños, antes de que procediera al bombardeo. La respuesta conservadora fue negativa, esperando el asalto final de los liberales.

A prima noche, se ubicaron seis cañones y una ametralladora en **Pozo Azul**, así como ocho cañones y dos ametralladoras en Pocrí; se activó inmediatamente la construcción de trincheras, en los sitios ocupados. Todo ello por disposición del General Herrera, que no se daba descanso. A la diez de la noche, el Ejército conservador rompió fuego de fusiles y cañones. Las sombras nocturnas se incendiaban con los relámpagos de la nutrida fusilería, y el silencio normal era reemplazado por el estampido atronador de los cañones. Como los conservadores tiraban de bulto, pasada la intensidad del tiroteo, las bajas liberales fueron pocas. Esa noche perdió la vida el General Porfirio Sotomayor, a quien se responsabilizaba por la derrota liberal

del Puente de Barbacoas, (Colón, noviembre de 1901), y quien desde entonces buscaba el peligro en cada combate, lanzándose sobre las posiciones enemigas, como lo hizo en esta ocasión por última vez. A la una y a las tres de la mañana, los conservadores repitieron el fuego de fusiles, pero sin mayores consecuencias, mientras los liberales continuaban pertinazmente la construcción de trincheras. El 30 en la noche, un grupo de oficiales y soldados liberales, mientras dormitaban desprevenidos, inexplicablemente fueron víctimas de cierto pánico y se dieron a la fuga, pero regresaron pronto a sus puestos, al percatarse de que en realidad no había peligro. Poco después, fueron sancionados con degradación.

Al despuntar el 31 de julio, el avance liberal se hizo notorio, lo mismo que el trabajo nocturno hecho para defensas. En horas de la mañana, llegó la noticia de la captura de la **Boyacá**, del día anterior, en Mensabé, lo que permitió a Herrera completar el círculo de sus fuerzas sobre Aguadulce, cerrando los accesos del puerto. Como el General Benjamín Herrera había adoptado disposiciones para un asalto a la población, que comenzaría al día siguiente, 1o. de agosto, la nueva circunstancia, de control del puerto, le hizo advertir cuánto había cambiado la situación, y que en vez de un combate por asalto, ya se trataba, completamente, de un sitio.

Las órdenes generalísimas de esos días acreditan las insignes dotes militares de Herrera. En la de 3 de agosto, se lee: "Se encarece a los jefes divisionarios la mejora constante de trincheras. El resultado muy satisfactorio del combate de anoche en que no hubo, sin embargo de la intensidad del tiroteo, sino dos heridos leves, demuestra que el ejército puede alcanzar la victoria, saliendo casi ileso, con lo cual se cumple el objetivo táctico de las batallas".

"Se prohíbe terminantemente hacer fuego sobre las trincheras de Aguadulce si no es cuando haya seguridad efectiva de que el enemigo, desplegado en guerrilla, las abandonara para acometer las nuestras. De día el fuego no debe sostenerse sino por tiradores especiales, que no deben disparar sino a blanco seguro".

"Se encarece a todos los jefes no soliciten ascensos de subalternos sin el comprobante de acciones que los justifiquen".

Y la Orden de 5 de agosto, para mantener el valor y la disci-

plina: "En razón del abandono que hicieron de sus puestos los siguientes oficiales la noche del 30 de julio, y con la esperanza de que una conducta pundonorosa los rehabilite prontamente, se hacen las degradaciones que a continuación se expresan". Capitanes fueron degradados a Sargentos; Sargentos a Mayores; Sargentos Mayores a Subtenientes; Subtenientes a Cabos.

El 2 de agosto se previno a los conservadores para que desalojaran personas neutrales, pues se iba a dar comienzo al bombardeo de la población. Después se emplazó el cañón más poderoso en **Vaca de Monte** (Colina del Vigía), a tres mil metros de Aguadulce. El 8 de agosto comenzaron los disparos de dicha pieza, acompañada de otros cañones. Los destrozos de casas, de emplazamientos, de trincheras y de cualquier persona que se expusiera, fueron grandes. Los fusiles liberales sólo daban al blanco seguro, según la técnica del "palomeo", como se decía entonces. Mas el General conservador Luis Morales Bertí no quería rendirse, en espera de que el General Víctor M. Salazar, desde Panamá, le enviara refuerzos o pudiera librarlo del sitio. Pero Salazar no estaba al corriente de lo que había sucedido en Aguadulce, porque todas las comunicaciones fueron cortadas por los sitiadores. Recordemos que el mismo Salazar había escrito el 29 de julio a Morales Bertí que "después del refuerzo que he suministrado a usted hemos tenido que dejar casi abandonadas las plazas de Colón y Panamá", expresando también el temor de que en cualquier momento, de saberlo, Herrera podía intentar el ataque a Panamá.⁽⁷⁰⁾

Seguro de que los conservadores no podrían romper el sitio, el General Herrera envió al General Victoriano Lorenzo, con la Séptima División, a la provincia de Panamá, y que se llegara hasta La Chorrera, para evitar cualquier ayuda que pudiera despacharse por tierra a las fuerzas sitiadas. Lorenzo despejó todo el camino de tropas conservadoras, y enfrentándose a un grupo un tanto numeroso de éstas en Barbacoas, cerca de San Carlos, les presentó combate y las venció, pudiendo lograr plenamente el objetivo que se le había asignado.

Herrera consideró necesario colocar alambradas y fortalecimientos que los sitiados no pudieran pasar, ni con el intento de cargas desesperadas para romper el arco. El espacio conservador quedó reducido a 1.500 metros de largo, por 800 de ancho, lo que comprendía al poblado y sus alrededores, con nueve kilómetros de

perímetro. Los atrincheramientos liberales llegaban de seiscientos a
ochoenta cincuenta.

se había transformado, como por encanto, y cubrían hasta la vista esas trincheras, bastiones, garitas y alambradas, hechos como hemos dicho, con prodigiosa rapidez por la incansable actividad de Herrera y demás generales que se multiplicaban como las abejas para construir un colmenar.

“Herrera y Pérez y Caballero y Buendía se veían en todas partes y a todas horas animando a sus soldados e inculcándoles su energía para levantar defensas.

“Durante el día apenas se sentían los disparos liberales. Por la noche era cuando se avivaban, obedeciendo al plan de evitar toda salida y por ende someterlos al hambre destructora.

“Berti tenía dentro del cercado como 500 reses destinadas a la defensa contra tan espantoso enemigo; pero amaneció un día que llevó el pánico a todos los corazones. De tanto ganado, acopiado con plausible previsión, no quedaba ni una sola cabeza. El General Gálvez audazmente se había arrojado sobre nuestro campo, había cortado los alambres del cercado y nuestra salvación había huido al campo enemigo.

“El 15 comenzó a hacerse sentir el hambre. Dejaron de racionar en la Proveeduría y los mantenimientos existentes fueron destinados para la manutención de la Plana Mayor. La parte infeliz fue condenada al sacrificio como holocausto de las pasiones y crímenes de los próceres de la Patria.

“El 21 de agosto comenzó el sacrificio de las caballerías. Tránsida la tropa por interminable ayuno, dio paso a tan, para nosotros, exótico alimento. Y sin embargo pasaban los días y no llegaba ni una esperanza de socorro y siempre el mismo sol y siempre el mismo campo viendo surgir como por ensalmo, cada nueva mañana, una nueva trinchera y nuevas defensas que amenazaban ahogarnos con la inexorable rigidez del boa.

“Tras la carne de caballo, se comenzó con la de gato, con las frutas en ciernes, con los cogollos de las palmas, con sus raíces tiernas. Las escenas del hambre eran lúgubres en unas partes, en otras horribles y siempre horripilantes porque era allí donde se exhibía la bestia humana en toda su prístina miseria.

“Durante este famélico intervalo las bajas comenzaron a hacerse sentir en número espantoso, no tanto por la bala enemiga, cuanto por las enfermedades que inundaban el campamento. Hubo día que murieron 14.

“Y al mismo tiempo que la penuria y las enfermedades diezaban el desventurado ejército, cansados los más alentados y exhaustos de fe por un sacrificio estéril, desertaban por parejas y hasta por pelotones, con o sin rifle, impulsados por el aguijón del hambre y, naturalmente, pasaban al campo contrario a esbozar la situación de los sitiados.

“Dícese que la víspera de los arreglos definitivos se presentaron a Herrera dos soldados del **Holguín**, quienes sin embozo ni retinencias pintaron el famélico cuadro de nuestro campamento y su inminente caída incondicional a causa del hambre”(72 Bis).

Mientras las cuatro divisiones conservadoras (quince batallones, en un total muy aproximado a las cinco mil tropas) comandadas por Morales Berti y Castro resistían estoicamente el feroz encercamiento tendido por Benjamín Herrera, la Jefatura Civil y Militar del Istmo estaba moralmente encerrada en su temor de que el **Ejército Unido** viniera a atacar la ciudad de Panamá, y por ello Salazar le expresaba a Morales Berti que “es indispensable que esté usted siempre alerta y listo para auxiliarnos en cualquier momento en que llegue a convenirse de que el enemigo viene sobre nosotros”.⁽⁷³⁾ Si el ejército arrinconado por la presión bélica liberal en Aguadulce fue obligado a reducir cada vez más su terreno hacia adentro del poblado, mal podía estar vigilante para salir en auxilio de la reducida guarnición de la capital.

El sitio de las tropas gobiernistas y la acción liberal fueron tan insuperables, que se hizo absolutamente imposible toda comunicación entre Morales Berti y la Jefatura de la capital durante el mes de agosto. “De aquellos días en adelante —dice Salazar—, nada volvimos a saber del general Morales Berti. Las comunicaciones en el interior del departamento estaban totalmente interrumpidas. La suerte de nuestras fuerzas de Aguadulce era causa de nuestra mayor inquietud. Ni un sólo aviso del jefe expedicionario, ni una información de otras fuentes, venían a sacarnos de nuestra permanente zozobra”.⁽⁷⁴⁾

Al fin, el 25 de agosto, con una situación verdaderamente

insostenible, Morales Bertí envió como parlamentario al General Luis M. Gómez, para llegar a un acuerdo de capitulación. Herrera insistía en duros términos, pero con respeto de vidas, curación de heridos y enfermos, etc. La tercera conversación, en la que intervino el General conservador Luis R. Moreno, produjo el documento de capitulación, firmado por las partes el 27 de agosto.

Ese día entregaron sus armas 13 generales, incluyendo a Luis Morales Bertí; 500 jefes y oficiales; más de 3.600 soldados prisioneros. El parque total pasó a manos liberales: 4.000 rifles Grass; 600.000 tiros; cinco cañones; una ametralladora; 100 toldas de campaña y otros pertrechos. Antes de rendirse, algunos conservadores habían inutilizado o escondido armamento. La increíble batalla de los primeros días, y el increíble y largo sitio, con la lluvia de ametrallamientos, descargas cerradas de fusilería, cañoneo constante, del lado conservador, que estuvo en acción de día y de noche, sólo costaron al **Ejército Unido** 26 muertos y 73 heridos. En buen número, oficiales y tropas sitiadas se incorporaron al cuerpo liberal, aduciendo idénticas razones a las expresadas por muchos de los vencidos en el mismo lugar meses atrás, el 27 de febrero, cuando el primer combate de Aguadulce.

La consagración del General Benjamín Herrera, como un gran estratega militar, recorrió toda la América, y aún el Almirante Silas Casey, comandante de la flota de guerra norteamericana que en Panamá seguía muy de cerca la contienda fratricida, reconoció en Herrera a "uno de los grandes estrategas del continente".

Resulta de lo más irónico que el Jefe Civil y Militar del Istmo, General Salazar, tuviera conocimiento de la capitulación de tan poderoso ejército conservador, del modo siguiente: "A fines de agosto, varios oficiales y soldados que lograron llegar a Panamá, escapados de la fuerza expedicionaria, nos llevaron la dolorosa noticia de que Morales Bertí se había visto obligado a capitular, en la misma plaza de Aguadulce, debido a la carencia de víveres"⁽⁷⁵⁾ Los Generales Cupertino Viveros y Celiano Correa pudieron huir de Aguadulce; pasaron por Soná y luego a Bocas del Toro, para llegar después a Colón y Panamá. Lácides Segovia les hizo una entrevista en Bocas del Toro, y consigna que llegaron "con los pies destrozados, llevando en el rostro la huella de amargos sufrimientos y prolongadas vigiliás" y que informaron que las tropas conservadoras de Aguadulce "día por día iban disminuyendo diezmadas por la muerte y las

enfermedades... Los víveres escaseaban hasta agotarse y ya la alimentación principal era la carne de briosos caballos". La entrevista fue publicada por **El Porvenir**, de Cartagena, y reproducida por **EL CRONISTA** (No. 2951, de 14 de noviembre de 1902), periódico panameño.

En realidad, Morales Berti prolongó cuanto más pudo su resistencia, así como los durísimos padecimientos de la población aguadulceña y de las tropas conservadoras, en inútil espera de refuerzos que jamás llegaron, como lo hizo constar en el último punto del documento de capitulación:

"Artículo 4o. Los generales Gómez y Moreno, por su parte, declaran en nombre del general Morales Berti y del ejército que

radamente. En el mes de febrero, el propio Aristides Fernández se enfrenta a poderosos contingentes liberales que convergían hacia Bogotá, en el esfuerzo de tomar la capital; derrota en Soacha a los revolucionarios con fuertes pérdidas para todos, y los liberales se retiran hacia el llano.

Entonces el Ministro Fernández recrudece la guerra a muerte, pensando precipitar el fin de la contienda. Al terminar aquel mes, dirige a Juan McAllister, jefe guerrillero, la conocida "prevención" (28 de febrero) del fusilamiento de los generales Celso Román, Juan De La Rosa Barrios, Emilio Angel y Víctor Julio Zea, que estaban prisioneros, si no se ponía inmediatamente en libertad a los conservadores Pantaleón Camacho, García Padilla, Moreno y Acuña, en poder de los liberales. El 9 de marzo Miguel Antonio Caro, Antonio Roldán, Marco Fidel Suárez, Carlos Calderón y otros conservadores de prestigio protestan ante el Ministro de Relaciones Exteriores, don Francisco Paúl, por esta feroz "prevención" de Fernández, diciéndole al Canciller que "no se concibe interpretación más imprudente por lo absurda, ni más alarmante por lo bárbara", agregando que conservan su fe en la justicia, "aún en medio de la brutalidad de los hechos, en el valor de la razón y en la secreta fuerza del Derecho".

El 25 de marzo el General Rafael Uribe Uribe, que ha logrado el apoyo del Presidente venezolano Cipriano Castro, reagrupa fuerzas, las lanza a la lucha, pero es derrotado en el combate del Amoladero, Medina. Se dirige, entonces, hacia la región norte en la costa atlántica.

En los primeros días de abril, los conservadores fusilan a 18 presos políticos liberales en la cárcel de Guamo, y tratan de justificar la matanza con la imputación de delitos que dijeron cometidos por las fuerzas del General Cesáreo Pulido.

El periódico liberal de Bogotá **El Nuevo Tiempo** se empeña en una prédica pacifista, que los jefes militares del liberalismo repudían, aunque son conscientes de que la revolución no puede derribar al Gobierno conservador. Algunos liberales pacifistas se dirigen al Vicepresidente Marroquín proponiéndole que, para avanzar el fin de la guerra, decrete un amplio indulto. El 12 de junio Marroquín dicta el decreto de indulto, con garantía de vidas y bienes, dando plazo a los revolucionarios de Boyacá, Cundinamarca, Santander y Tolima,

para que entreguen las armas y se ríndan antes del 1o. de julio, y para los demás Departamentos el 7 de agosto. Pero se exceptúa de tal gracia "a los cabecillas de expediciones organizadas en país extranjero para invadir el territorio de Colombia, y los individuos que por haber tomado parte en dichas expediciones han sido juzgados y condenados en consejo de guerra". Esta excepción tiene nombres propios, y se dirige a los Generales Foción Soto, Gabriel Vargas Santos, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Lucas Caballero y algunos otros más, a quienes la camarilla gubernamental revanchista quería inmolar.

Desde hace mucho tiempo, no hay el menor indicio de una dirección centralizada de los esfuerzos bélicos liberales, pues Vargas Santos permanece en Nueva York desde 1901. En puridad, a fines de junio de 1902 resulta indiscutible que la guerra está en su etapa de práctica liquidación. El Negro Marín se ha entregado, bajo la garantía del respeto a su vida. Las guerrillas del Tolima y Cundinamarca se están disolviendo. Los jefes liberales comienzan a acogerse al indulto, deponiendo las armas. El General Teodoro Pedroza ha anunciado el 13 de junio de 1902, por medio de circular dirigida a los Jefes del occidente de Cundinamarca, desde el Cuartel General de Ambalema, que se retiraba de la lucha.⁽⁷⁶⁾

Aristides Fernández remite ya la siguiente circular de exultación y venganza: "República de Colombia. —Telégrafos Nacionales— Ministerio de Guerra. —Bogotá, 30 de julio de 1902.— Gobernadores y Comandantes en Jefe de Ejército — Por las últimas noticias que se acaban de recibir de las regiones del país en donde se ha concentrado el postrer aliento de la guerra, puedo afirmaros que ésta ha concluido y es muy poco lo que resta por hacer: castigar de modo enérgico y ejemplar a los que persistan en asolar y desmoralizar escandalosamente la república. Aristides Fernández".⁽⁷⁷⁾

También Fernández ha instruido a todos los Jefes del Ejército para que fusilen, después del 1o. de julio y del 7 de agosto, a todos los rebeldes que no se hubieran rendido. El 4 de agosto son derrotados en la Jagua un centenar de hombres al mando de los Generales Cesáreo Pulido y Gabriel Calderón. De esa fuerza, unos 20 oficiales son conducidos a la Quebrada El Tamarindo y tiroteados a muerte. Capturados Pulido, Calderón y otros cinco soldados, se les lleva ante un rápido consejo de guerra verbal, por instrucciones directas de Aristides Fernández, y se les fusila el 13 de septiembre.

Han caído también ante los pelotones de fusilamiento los Generales Aristóbulo Ibáñez, Félix Piñeros, Antonio Suárez de la Croix, Tomás Lawson, Sebastián Tobar, Juan Vidal, Julián Lozano y los coroneles Virgilio Leiva, Anatolio Barrios, Rogelio Chávez, Benjamín Mañozca, Clímaco Pizarro y Germán Martínez.

En esta orgía de sangre, el 25 de agosto elevan memorial de protesta Carlos Martínez Silva y otros conservadores históricos, la mayoría de los cuales va a parar al Panóptico de Bogotá, por órdenes del implacable Fernández.

Las únicas fuerzas de consideración que quedan a los liberales son las de Rafael Uribe Uribe y Clodomiro Castillo, cerca de la costa atlántica, y las de Benjamín Herrera en Panamá. Veamos lo que sucedió a los dos primeros.

j) Derrota y capitulación final de Uribe.

Aunque nuestro propósito fundamental está circunscrito a **La Guerra de los Mil Días** en el Istmo, y en esta sección a la campaña de Benjamín Herrera en Panamá, es inevitable que le prestemos la debida atención a los hechos militares que condujeron a la derrota de Uribe Uribe y a su capitulación, como antecedente cronológico y hasta conceptual del Tratado del **Wisconsin**. Es un lugar común la afirmación de que la **Guerra** terminó con este último Tratado, pero la capitulación de Nerlandia puso fin a la **Guerra** en los Departamentos de Bolívar y Magdalena y tuvo una influencia considerable en la paz que se firmó poco después en la Bahía de Panamá, a bordo del acorazado norteamericano **Almirante Wisconsin**.

Pasados los primeros meses del año de 1902, los Generales Rafael Uribe Uribe y Clodomiro F. Castillo iniciaron operaciones militares al Norte de Colombia, en los Departamentos de Bolívar y Magdalena, jefaturando fuertes contingentes liberales. En el mes de julio, cuando esos ejércitos amenazaban la región norte y se advertía la posibilidad de que pudieran ocupar las ciudades de la costa atlántica, como Barranquilla y Santa Marta, el Comandante General del Ejército del Atlántico, General Juan B. Tobar, encargó al General Florentino Manjarrés de la defensa de ambos Departamentos, secundado por los Generales Gregorio A. Garzón y Urbano Castellanos.

Luego de varios combates menores, las fuerzas de Garzón y Castellanos vencieron a las huestes liberales de Clodomiro Castillo, el 30 de septiembre, en Sevillano. Manjarrés dirigió personalmente esta acción de guerra, que dejó numerosos muertos y heridos, de parte y parte. Las fuerzas liberales se retiraron en dirección de los montes de Riofrío.

Los cuerpos revolucionarios de Uribe Uribe y de Castillo se unieron, en número de 1.300 hombres, para atacar la ciudad de la Ciénaga, defendida por Alfredo Fernández y Urbano Castellanos. Lo mismo que el combate anterior de Sevillano, la batalla por Ciénaga duró todo el día 14 de octubre. Las fuerzas de Uribe Uribe trataron de ocupar la ciudad y desalojar de ella a los conservadores. Se peleó fieramente, pero las columnas liberales fueron diezmadas y hubieron de desistir de los asaltos, derrotadas por completo.

El General Nicolás Perdomo, Ministro de Gobierno, coincidió con la primera derrota, en Sevillano, de paso por Barranquilla para Panamá, y les recomendó al General Juan B. Tobar, Gobernador del Estado de Bolívar y a la vez Comandante General del Atlántico, y al General Florentino Manjarrés, comandante del Ejército del Magdalena, que hicieran lo posible por terminar la guerra en ese sector de la República, mediante un convenio de paz con los liberales. Al mismo tiempo, el Sr. Rafael M. Merchán, cubano y amigo íntimo de Uribe Uribe, le escribió a éste, informándole sobre la precariedad a que había llegado la revolución liberal. Esta carta, y otras remitidas por familiares allegados de Uribe, fueron entregadas a Manjarrés, quien le escribió a Uribe Uribe, inmediatamente después de la derrota de la Ciénaga, coros espistolares que podían surtir efecto en el ánimo del valeroso General Uribe. Este aceptó la invitación de su remitente, para iniciar conversaciones, en breve carta de 17 de octubre. Algunos días antes, el General Garzón le había escrito a Uribe, con el mismo fin, pero éste no le respondió.

Hubo algunas indecisiones y dilaciones estratégicas de ambas partes, pero Uribe, desde Riofrío, terminó aceptando la propuesta de celebrar, mediante comisionados, un armisticio, el que se llevó a efecto el 18 de octubre. En esa misma fecha, Uribe Uribe admitió conferenciar con Manjarrés en la finca Nerlandia. Sin embargo, algunos actos de hostilidad de los dos bandos, en unidades que tal vez no estaban informadas del armisticio, postergaron el encuentro hasta el 24 de octubre, fecha en la que se suscribió el Convenio respectivo, que se conoce con el nombre de **Tratado de Nerlandia.**^(7 8)

Son importantes algunas de sus cláusulas, porque si se comparan con ciertas provisiones del Tratado del **Wisconsin**, se advertirá su similitud.

Conforme a su ordinal 1o. "las tropas revolucionarias de Magdalena y Bolívar se disolverán, para entrar en la vida pacífica todos los que forman parte de ellas".

Es muy elocuente su ordinal 7o., que luego de la modificación introducida por el General Tobar quedó así: "Los que depongan las armas en virtud de lo convenido en este pacto, no podrán en ningún tiempo ser perseguidos, juzgados ni penados por considerárseles cabecillas de expediciones organizadas en país extranjero, ni por actos que en calidad de militares en servicio activo y con el fin de realizar operaciones militares, hayan ejecutado o mandado ejecutar contra las personas o las propiedades de los demás.

"Para comprobar la calidad de militares en servicio activo, bastará la certificación jurada del inmediato Jefe Superior o quien pueda hacer sus veces".

Ordinal 8o.: "Quedan en consecuencia aclaradas las excepciones señaladas por el artículo 6o. del Decreto Ejecutivo número 933 de 12 de junio del corriente año. Con respecto a los liberales que estén sufriendo condenas por sentencias de Consejos de Guerra, se encarece al Sr. Presidente de la República que haga uso en favor de ellos de su derecho de gracia, si no se considera que el tenor de este tratado los alcanza".

Los textos de esta capitulación conducían a terminar la guerra, al menos en Magdalena y Bolívar, en condiciones muy distintas a las que proclamaban los sanguinarios Decretos y Resoluciones del siniestro Aristides Fernández. No obstante, éste ejercía aún su nefasto influjo, aunque acababa de pasar al Ministerio de Gobierno y el General José Joaquín Casas lo reemplazaba en el de Guerra. Casas ordenó el 30 de octubre que se le siguiera juicio verbal de guerra al General Uribe Uribe, con el fin evidente de que fuera ajusticiado. Pero el General Juan B. Tobar se opuso, con gran sentido pacifista, a semejante asesinato y en respuesta a tal orden respondió a Casas: "He ganado la espada que llevo al cinto, combatiendo lealmente en los campos de batalla; prefiero romperla sobre mi rodilla que mancharla con sangre mal derramada y la violación de la palabra

que en nombre del gobierno he comprometido". La tentativa frustrada de asesinar a Rafael Uribe Uribe, mediante la fórmula del juicio verbal de guerra, demuestra que en las altas esferas del Gobierno conservador había personas dispuestas a continuar vengándose, con el fusilamiento implacable, en aquellos jefes, oficiales y soldados del liberalismo que se rindieran o capitularan o estuvieran prisioneros.

Después de tres años de sangrienta lucha, Uribe Uribe había cumplido el máximo y final esfuerzo guerrero, para levantar la revolución liberal derrotada en la mayor parte del territorio de Colombia, aunque triunfante sólo en Panamá. "Para nosotros — explicó Uribe días después de suscribir el Tratado— aquí no daba espera la opción entre aceptar estas condiciones de paz o exponerse a correr una suerte desastrosa, arrastrando en ella a todos los copartidarios de Magdalena y Bolívar. Después de siete meses de no llegar a este Ejército órdenes ni noticias de la Dirección, no era posible tampoco aguardar instrucciones de ella, en caso tan apurado".⁽⁷⁹⁾

k) Referencia a los antecedentes de la paz.

Durante la campaña militar de Benjamín Herrera en el Istmo, el Jefe del Ejército Unido del Cauca y Panamá no esquivó esfuerzo oportuno, a todo lo largo del año de 1902, para proponer la paz y el entendimiento a los conservadores. Era natural que lo hiciera cada vez que estuvo, desde el punto de vista militar, en la mejor posición. Con Albán concertó un importante canje de prisioneros, recién llegado Herrera con su ejército veterano del Sur. A principios de febrero, le propuso al Encargado de la Jefatura del Istmo, Sr. Aristides Arjona, que trataran de llegar a un acuerdo para evitar más derramamientos de sangre, e igualmente excitó para ello a su amigo personal, el General Ramón G. Amaya, de la guarnición de Panamá, gestión a la que Arjona ni siquiera dió respuesta.

A mediados de Julio, Herrera tomó la iniciativa de escribirle en términos conciliatorios al nuevo Jefe Civil y Militar del Istmo, General Víctor M. Salazar. Y éste respondió en carta de 28 de julio, designando una comisión formada por Tomás Arias, los Generales Luis María Gómez, Floro Moreno y Luis Morales Berti, "quienes llevan instrucciones claras y precisas a fin de que conferencien con usted acerca de los medios que puedan adoptarse para conseguir la paz".⁽⁸⁰⁾ Mas los preparativos del inminente comienzo del sitio de Aguadulce anularon en su cuna este nuevo empeño de que tuviera fin

la **Guerra**, y Herrera no dió contestación a la carta de 28 de julio, enviada por Salazar.

Vencedor en el sitio de Aguadulce, Benjamín Herrera envía a la ciudad de Panamá al Coronel Germán Uribe Hoyos, el 19 de septiembre, portador de una extensa carta para Salazar, en la que Herrera sugería una especie de **frente nacional**, en los términos que siguen: "Si nos dejamos de fórmulas, ya que el sufragio no es sino medio de conocer la opinión, y las opiniones en Colombia se condensan en dos bandos, me ocurre que podríamos ver el medio práctico de que los dos partidos, en forma que ellos determinarán, nombren número igual de representantes para ver de llegar a un **modus vivendi nacional** que a todos nos satisfaga para ver de fijar la que de ese modo sí sería una constitucional nacional".⁽⁸¹⁾

Pocos días después, con fecha 26 de septiembre, Salazar rechazó la posibilidad nuevamente abierta por Herrera, reiterando las posiciones originales del Gobierno, expuestas algunos meses atrás: "Lo que el excelentísimo señor Marroquín tiene dicho con mesura y franqueza sobre el particular, es lo único a que el gobierno accedería; pensar en otra cosa, es inútil porque es suponer que el gobierno no tiene noción clara de su propia existencia".⁽⁸²⁾

Había motivos especiales para que Salazar postergara en esos momentos la ocasión de entenderse con Herrera. En primer término, la revolución liberal decaía más y más en el interior de Colombia. Por otro lado, el Gobierno estaba concluyendo la adquisición de una nave de guerra (el **Bogotá**), superior al **Almirante Padilla**, para bloquear todo movimiento bélico por parte de Herrera. Finalmente, desde el mes de mayo de 1902, el Embajador colombiano en Washington, Dr. José Vicente Concha, y el General Gabriel Vargas Santos, Director Supremo de la Guerra liberal, residente en New York, celebraban conversaciones para alcanzar la paz, a las cuales se había agregado el General conservador Pompilio Gutiérrez, comisionado

minando en el sitio de Aguadulce y temeroso al conocer la orden de consejo de guerra dada por el Ministro Casas en contra de Uribe Uribe, aunque esas tratativas avanzaron bastante en la capital josefina con la participación del General Ramón Santodomingo Vila, representante especial de Salazar. En 1937, Salazar admitió su oposición a pactar con Herrera, según artículo periodístico que lleva fecha de 22 de noviembre y que publicó EL TIEMPO, de Bogotá: "Volviendo al tratado de paz, debo manifestar rotundamente que mi deseo fue el de celebrarlo con el General Vargas Santos".⁽⁸³⁾

Pero concurrían también en el escenario otras fuerzas poderosas que estaban llevando hacia la paz. El año de 1902 fue muy fecundo en el campo de las acciones diplomáticas de los Estados Unidos, para asegurarse el control exclusivo de cualquier canal que se construyera en América Central.

Como una reacción frente al Tratado Mallarino-Bidlack (1846), en cuya virtud Colombia permitió a los Estados Unidos el derecho de garantizar el libre tránsito en el Istmo de Panamá, a cambio de la garantía norteamericana de la soberanía de Colombia en éste, Inglaterra logró que se firmara el Tratado Clayton-Bulwer (1850), entre las dos grandes potencias, por el cual ninguna de las dos excluiría a la otra de cualquier autoridad, protección o vigilancia sobre la comunicación interoceánica que se abriera.

Pero como ya a fines del siglo pasado los Estados Unidos había perfilado nítidamente su política de "un canal americano, construido con dinero americano y en suelo americano", como lo diría el Presidente Ulises S. Grant, fue posible que la diplomacia de Washington lograra, a principios de enero de 1902, la derogación del Tratado Clayton-Bulwer, lo que dejaba libre a Norteamérica en su empresa de controlar por sí sola el canal interoceánico que anhelaba. La prolongación de la contienda de **Los Mil Días** era un obstáculo enorme para los planes norteamericanos del canal por Panamá, y fue notorio, desde comienzos de 1902, el interés de los Estados Unidos por que aquella tuviera fin cuanto antes. Tal interés se fue agudizando a lo largo de ese año, cuando simultáneamente avanzaban las negociaciones canaleras entre Colombia y los Estados Unidos.

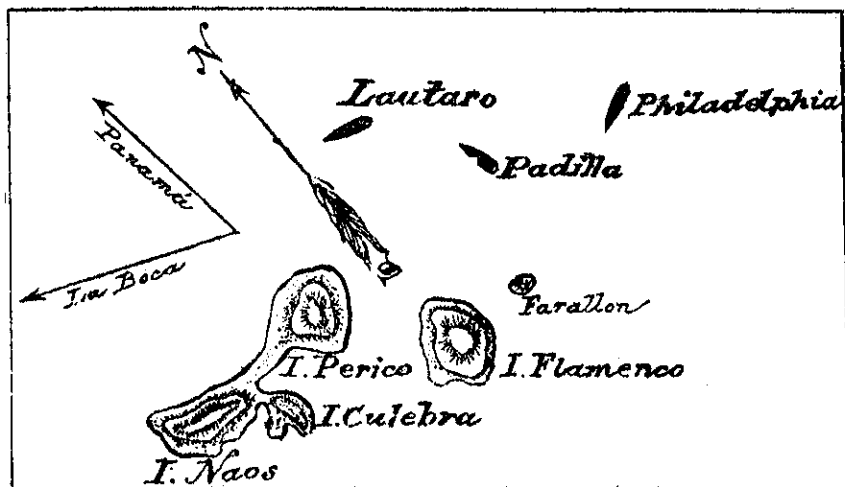
A su turno, el Gobierno Marroquín se enfrentaba a difícilísimas situaciones creadas por tres años de guerra, sobre todo en el aspecto de las finanzas estatales. Además, se daban presiones internas para

que se aprovechara la coyuntura de las negociaciones relativas al canal por Panamá, de las que el Vicepresidente podía sacar partido, entre otras metas, para recibir apoyos necesarios en la terminación de operaciones bélicas de la contienda fratricida. Las gestiones de Martínez Silva y de Concha, en Washington, se producían al mismo tiempo que el Ejecutivo colombiano propiciaba entendimientos con los Estados Unidos, a través de la Embajada norteamericana en Bogotá.

Por otro lado, el Tratado de Nerlandia, tras la derrota de Uribe Uribe, dejaba como último bastión liberal de la revolución desatada en octubre de 1899 al Ejército poderoso e invicto de Benjamín Herrera, pero en situación muy aislada y próximo a recibir los embates de la concentración de fuerzas que estaba llevando a cabo el Gobierno bogotano.

Los sucesos y acciones de agosto, septiembre, octubre y noviembre estaban precipitando, sin concierto previo mas al unísono, que se llegara a la cesación definitiva de **Los Mil Días**.

La síntesis que hemos elaborado en este epígrafe, obliga a desarrollarla en la **Cuarta Parte** de este ensayo, porque sus complejos desenvolvimientos condujeron a la paz.



Posiciones de las naves en el bundimiento del Lautaro.